

F-G-H-I-J

Fernandez y Soriano

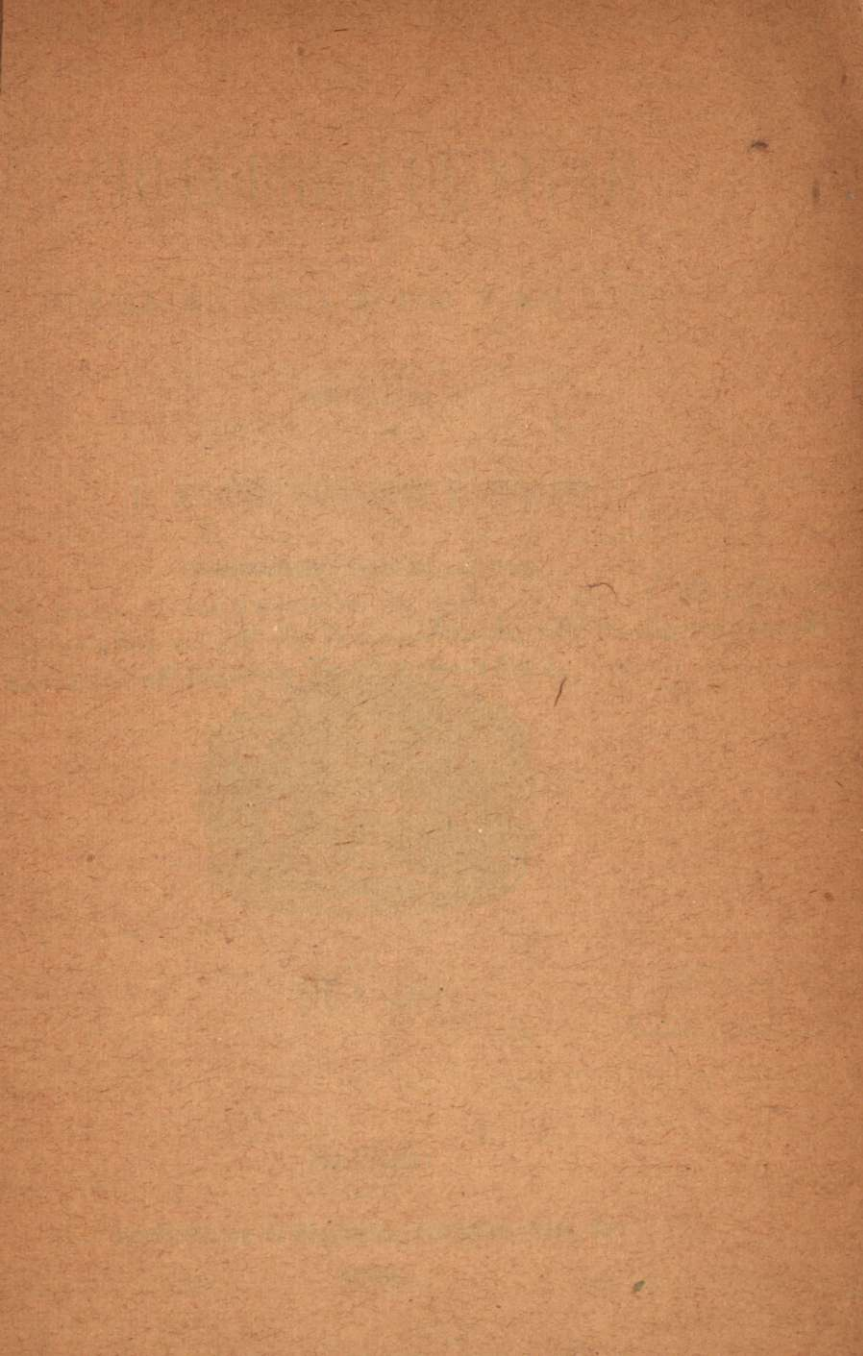
Cid

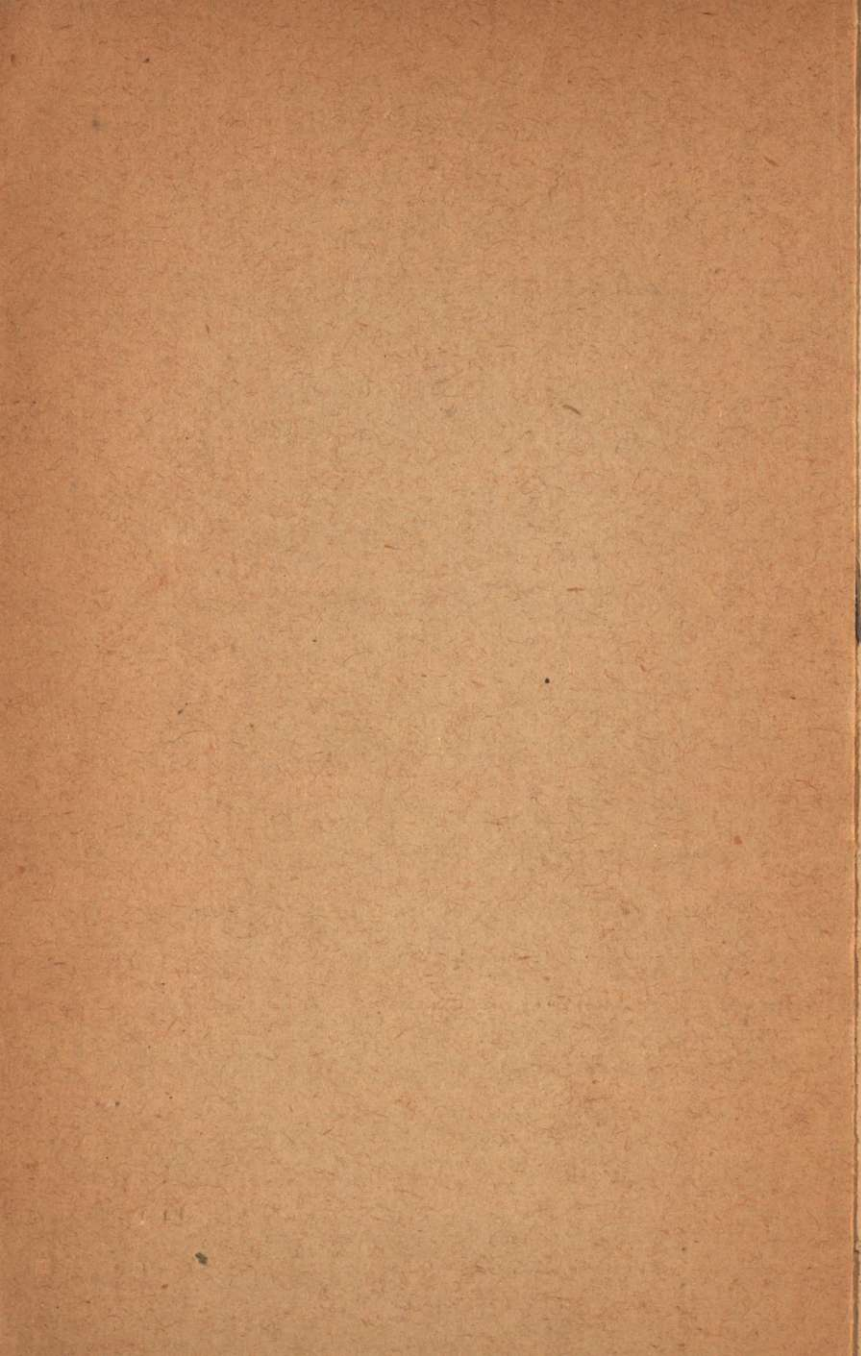
Rodrigo de Vivar

Fernandez









C2493

CID RODRIGO DE VIVAR

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

REFUNDIDO POR EL AUTOR.

*La primitiva version se estrenó en el teatro de
novedades el 18 de diciembre de 1858. La refundi-
cion en el mismo teatro en 1862*



N.º 238.

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 9 MADRID

MADRID:

—
IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, NÚM. 29.

1862.

R12918

CID RODRIGO DE VIVAR

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

REPRESENTEADO POR EL AUTOR.



88. 96

MADRID:

IMPRESA DE T. KOSTANET, LIBRETADE, N.º 20.

1883.

Á

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

El Autor.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

El Autor.

ACTORES.

PERSONAJES.

DOÑA GIMENA (21 años) DOÑA MARIA RODRIGUEZ
ELVIRA ENRIQUETA MONTEZ
DON RODRIGO DE VIVAR DON JUAN ALBA
DIEGO LAINEZ ANTONIO JERONIMO

Esta obra es propiedad de D. JOSE GARCIA DE SOLIS, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada, que distingue á los legítimos.

LEYES Y HOMAJES DEL PUEBLO. HOMAJES DE ARMAS DEL REY Y DEL CID.
PACES DEL REY Y DEL CID. MONTEZ. ESCUDEROS. BALLESTREROS. NO.
CORTESANOS, ETC.

TIEMPO DE LA ACCION. SIGLO XI.

El primer acto pasa en el castillo de Vivar.
El segundo, en el de Gormaz y sus alrededores.
El tercero, en Burgos.

NOTA. Cuando se represente este drama por primera vez, se presentará la parte del Cid, la Pedro Delgado; la de Diego Laínez, D. José Calvo; la de D. Gormaz de Gormaz, D. Manuel Mendez; la de D. Sancho, D. Antonio Zamora; la de García, D. Lázaro Pérez; doña María Rodríguez, la representada la misma parte por las dos ediciones.

PERSONAJES.**ACTORES.**

<i>Doña</i> DOÑA GIMENA, (24 años) . . .	DOÑA MARÍA RODRIGUEZ.
• ELVIRA	ENRIQUETA MONTES.
• DON RODRIGO DE VIVAR. . .	DON JUAN ALBA.
• DIEGO LAINEZ	ANTONINO BERMONET.
• DON SANCHEZ	CARLOS SANCHEZ.
(20 años)	EDUARDO CORTÉS.
<i>Primer</i> • GOMEZ DE GORMAZ, (50 años).	RAMON DE GUZMAN.
• ARTAL, (pastor)	DALMACIO DETRELL.
• SECRETARIO DEL REY, <i>vago</i>	ALEJANDRO OLASO.
• UN ALCAIDE MORO	ATANASIO MARÉ.
• GARCÉS	JOSÉ MESEJO.
• MELENDO	JUAN GAZCON.
• DIEGUEZ	

PAGES DEL REY Y DEL CID, MONTEROS, ESCUDEROS, BALLESTEROS, MUJERES Y HOMBRES DEL PUEBLO, HOMBRES DE ARMAS DEL REY Y DEL CID, CORTESANOS, ETC.

TIEMPO DE LA ACCION: SIGLO XI.

El primer acto pasa en el castillo de Vivar.

El segundo, en el de Gormaz y sus alrededores.

El tercero, en Búrgos.

NOTA. Cuando se representó este drama por primera vez, representaron la parte del Cid, D. Pedro Delgado; la de Diego Láinez, D. José Calvo; la de D. Gomez de Gormáz, D. Manuel Mendez; la de D. Sancho, D. Antonio Zamora; la de Garcés, D. Lázaro Perez; doña María Rodriguez, ha representado la misma parte por las dos ediciones.

ACTO PRIMERO.

Cámara de honor en el castillo de Vivar: un gran arco al fondo: á la derecha del actor un ajimez: á la izquierda una puerta: en los ángulos trofeos de banderas moras: en primer término á la derecha, una mesa tallada, sin tapete: junto á la mesa un sillón señorial tallado con doselete, alrededor de la cámara sillones mas pequeños: en cada ángulo de la escena un candelabro con un flamero: pendiente del centro del artesonado, una lámpara con tres flameros: al fondo una galería, en ella lámparas: en la galería una escalera practicable, por la que se sube á la escena, y que continúa en dos tramos: en el muro del segundo tramo un ajimez abierto, á través del cual se ve la luna.

ESCENA PRIMERA.

DIEGO LAINEZ, sentado en el sillón junto á la mesa.—A la izquierda, de pié y apoyado en la mesa **GARCES**.—A la derecha en un grupo, **MELENDO** y otros **SEIS ESCUDEROS**.

DIEGO.

Escuderos hijodalgos
de la villa de Vivar,
gran merced el Rey nos hace,
grande contento nos dá.
Parando él en mi castillo
alegra mi ancianidad,
y es razon que al rey sirvamos
pues el Rey nos vino á honrar.
Luminarias en los muros,
esparzan su claridad;
tú Yañez cubre las mesas
con el sabroso candel;

apúrense mis bodegas,
y que abundante manjar
gocen las gentes del Rey;
que si por mis años ya
no puedo mi sangre darle,
darle puedo mi caudal.
Tú, Melendo, ballesteros
en las almenas pondrás,
que del Rey velen el sueño,
y dispuestos los demás
estad á lo que ocurriere.

(Los escuderos salen por el fondo, y Melendo de-
tiene á Artal que vá á entrar.)

ESCENA II.

DICHOS. — ARTAL.

ARTAL. Dejadme, pardiéz, pasar,
que quiero ver al señor.

MELENDO. Hágase el villano atrás,
y con sus toros se vuelva.

ARTAL. Porque soy pobre lo harán:
¿y esto es razon?

DIEGO. (A Garcés.) Ve quien es,
ese que grita.

GARCÉS. Es Artal el pastor.

DIEGO. Déjenle paso.

GARCÉS. Dejadle, Melendo, entrar.

(Artal entra: los escuderos permanecen en la galería.)

ARTAL. Albricias, señor! Albricias!

DIEGO. ¿De qué, Artal?

ARTAL. Señor, espera

que me recobre, que traigo

en el cuerpo cuatro leguas:

grande hazaña hizo Rodrigo,

tu hijo bravo, que Dios quiera

llevar pronto contra el moro.

DIEGO. ¡Me acabarás la paciencia!

¿Qué fué al cabo?

ARTAL. Estaba yo

con tus toros á la siesta,

en la cañada, allá abajo,
cuando de repente suena
grande estruendo de bocinas
y salen por una senda,
un javalí como un cerro,
y la jáuria que en pós lleva.
Con el ruido un negro toro
se asombra y el pasto deja,
y á la senda como un rayo,
parte, y en medio se muestra.
A este punto, un caballero
cabalgando en una yegua,
con gaban rojo en los hombros,
llevando en la mano diestra
una azagaya moruna
y un bonete en la cabeza
dorado, como el que tiene
Nuestra Señora en la iglesia,
al revolver del camino
delante el toro se encuentra.

DIEGO.

ARTAL.

¡El Rey! ¡ha salvado al Rey!
Yo no supe que el Rey era
hasta que despues... mas sigo:
al ver ante sí la bestia,
lánzala el Rey la azagaya,
mas con el miedo no acierta.

DIEGO.

¡Miedo el Rey don Sancho, dices,
villano!

ARTAL.

Cuando la tierra
escarba un toro, y resopla,
y mira, y el ojo ceba
en un hombre, y al tal hombre
la sangre no se le hiela,
don Rodrigo de Vivar
es aquel hombre por fuerza.
¡Siguel! ¡siguel!

DIEGO.

ARTAL.

Cerró el toro,
rodó con el Rey la yegua,
desciñome yo la honda,
sale zumbando una piedra,
y aunque en las astas alcanza
al bruto, nada aprovecha.
Voy á tirar la segunda
cuando miro con sorpresa

sin saber por donde vino,
 puesto entre el Rey y la bestia,
 á don Rodrigo: Dios vive,
 señor, que no lo creyera,
 á no haberlo visto: al brazo
 izquierdo el gaban rodea,
 al sol reluce su espada,
 con el toro, bravo cierra,
 y en la ancha cerviz le esconde
 de un golpe la espada entera:
 negra sangre vomitando,
 el toro á sus plantas rueda;
 alza don Rodrigo al Rey,
 escapa, y por la maleza
 del cercano monte váse,
 sin esperar á que vuelva
 del susto el Rey, que asombrado,
 el toro á sus piés contempla.
DIEGO. ¡Bien albricias me pedistes!
 Toma de mí cuanto quieras,
 que vasallo que me trae
 tan grande, tan fausta nueva,
 no ha de guardar ya más toros,
 ni ha de vivir entre breñastas.
ARTAL. Con que me den pan y vino
 mi dicha será completa.
DIEGO. Cuanto Artal pidiere, dadle.
ARTAL. ¡Mil años, señor, fenezcas!

(Váse Artal por el fondo y con él Melendo y los demás escuderos.)

ESCENA III.

DIEGO LAINEZ.—GARCÉS.

DIEGO. ¡Me enloquece el regocijo!
 ¡Mi Rodrigo al rey salvó!
GARCÉS. Como quien es se mostró,
 que es al cabo vuestro hijo,
 y nadie dudar pudiera
 de su valor extremado.
DIEGO. La hora, Garcés, ha llegado

de que vuelva mi bandera
 contra el alarbe otra vez;
 Rodrigo la llevará,
 pero afligiéndome está
 de mi hacienda la escasez.
 La renta tengo empeñada
 de todos mis señoríos,
 y en gabelas de judíos
 miro mi hacienda empleada.

GARCÉS.

Tal en la guerra gastásteis;
 fuisteis tan noble y tan bravo,
 que de vuestra vida al cabo
 débil y pobre llegásteis.

DIEGO.

Tiempo queda en que pensar
 sobre lo que hacer podemos;
 ahora, buen Garcés, entremos
 de Rodrigo á relatar
 la noble accion á la infanta.
 Tu brazo fuerte me da,
 que viejo y enfermo ya
 me sostiene mal la planta.

(Entran lentamente por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

En el momento de entrar Diego Lainez y Garcés, suena fuera el preludio de un laud; poco despues, aparece por la misma puerta de la izquierda ELVIRA con una lámpara encendida, y se dirige á la ventana.

ELVIRA.

Ya la señal convenida
 del muro á los piés resuena;
 pongamos en la ventana
 la convenida respuesta.
(Pone la lámpara en el alfeizar y mira á fuera.)
 Al extremo de la cava
 un hombre la luna muestra.
 Sin duda es él: avisemos
 ahora á doña Gimena.
(Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)
 Venid, señora, venid.

ESCENA V.

ELVIRA.—GIMENA.

GIMENA. ¡Gracias á Dios que se queda
el viejo don Diego allá!

ELVIRA. Hablando de sus proezas
nos entretendrá á la infanta
largo rato.

GIMENA. ¡Me interesa
tanto hablar con don Rodrigo!

ELVIRA. ¡Ved aquí! ¿quién lo dijera?
¡Vos con todos tan esquivas,
tan ingrata, en la red presa
de don Rodrigo! ¡Y tan mozo!

GIMENA. Por ser mozo el hombre empieza.

ELVIRA. Vos contais los veinte y cuatro,
y él los veinte apenas cuenta.

GIMENA. ¡Miren qué falta!

ELVIRA. Aún las armas

de caballero no lleva,
ni ha lidiado contra el moro.

GIMENA. Tan hazñoso le espera
mi pensamiento, tan bravo,
que, con el tiempo, la tierra
ha de ser para su brio
y para su fama estrecha.

ELVIRA. ¡Bien pronostica quien ama!
En tanto por vos se empuñan
poniendo su infanzonía
á vuestros piés, cuantos cuenta
buenos y bravos Castilla.

GIMENA. Mi padre libre me deja,
y á los que esposa me piden
estas palabras contesta:

«Como no soy quien se casa,
ni ha de ser mi gusto fuerza,
procure que ella le elija
el que por mujer la quiera!...
que yo, en siendo caballero
de honra y prez y buena hacienda,

no he de oponerme. » ¡Ah! ¡buen padre!
ELVIRA. ¡Gran dicha al mancebo espera!
GIMENA. Mi corazon ha ganado,
pero mi tálamo es fuerza
que le gane como bravo,
batallando en la frontera:
que en mi familia jamás
marido tomó una hembra,
si, al alarbe infiel ganada,
no la ofreció una bandera,
para ponerse de hinojos
con él al par en la iglesia.
Cuando Rodrigo la gane,
que no tardará...
ELVIRA. Se acerca
alguno...

ESCENA VI.

GIMENA.—ELVIRA.—RODRIGO por la escalera del fondo.

GIMENA. Es él, es Rodrigo:
avísanos si alguien llega.
(Elvira sube la escena y se queda á la vista del público, á un lado del gran arco de entrada.)
RODRIGO. ¡Mi noble Rodrigo!
¡Mi amada Gimena!
te miro y aun dudo
que dicha tal sea
verdad, y no sueño
del alma que espera.
¡Dos meses sin verte!
GIMENA. La noche serena
constante me ha visto
del rey en la huerta.
RODRIGO. Enfermo mi padre
de grave dolencia...
GIMENA. ¿Sanó?
RODRIGO. Por su vida
solemne promesa
á la Virgen hice.
GIMENA. Mis celos se alegran.

- RODRIGO. ¡Tus celos!
- GIMENA. ¡Dudaba!
- RODRIGO. ¡Dudaste, mi prenda!
- GIMENA. ¿Mas qué has prometido?
- RODRIGO. ¡Prometí... una ausencia!
- GIMENA. ¡Una ausencia dices!
- RODRIGO. La gente agarena
en sangre se tiñe
de gente indefensa
que adora de Cristo
la fúlgida enseña.
Mi Dios y mi patria,
mi Rey, mi nobleza,
tu amor... todo junto
me llama á la guerra.
- GIMENA. Bendita mil veces
tu noble promesa
que hacerte mi esposo
propicia te lleva.
- RODRIGO. ¡Tu esposo! ¡á Dios plegue
que cierto lo vea!
- GIMENA. ¿En mi amor no crees?
¿en mi fé no esperas?
¡Me ofendes, Rodrigo!
- RODRIGO. ¡Lo tomaste á ofensa!
¡yo de tí dudoso!
- GIMENA. ¿Sino qué recelas?
Ni lanza enemiga
ni súplica agena
de mí han de apartarte,
que Dios por tí vela,
y vela mi alma
por tu amor que es ella.
- RODRIGO. ¡Ay si no te logro!
- GIMENA. Escucha y alienta:
la noche velando
del Rey en la huerta
pasé triste y sola
sentada á la reja:
la pálida luna,
decíame leda:
«Aunque no le miras,
por tu amor no temás.»
Con dulce fragancia,

las flores modestas
decíanme gratas:

«Rodrigo en ti piensa.»

Y allá en los cañares,

zumbando parleras

al beso del aura

las hojas inquietas,

murmuraban leves:

«La gloria le espera.»

RODRIGO.

Augurios falaces

del alma que sueña.

GIMENA.

No llares mentiras

de Dios las promesas

que envía propicio,

que dicen dó quiera,

con ondas el río

con hojas la selva.

RODRIGO.

Tu amor se las finge.

GIMENA.

Mi fe las encuentra.

Si rindo cansada

tal vez la cabeza,

te miro en mis sueños,

teñida la diestra

de sangre que el moro

perdió en la refriega:

bridon de batalla

tu mano refrena,

le cubre armadura

que al sol centellea,

el Rey de Castilla.

cabalga á tu diestra,

te sigue flotando

tu noble bandera,

y en pos tus ginetes

valientes se ordenan.

El pueblo te aclama,

y el bronce voltear

uniéndose al ronco

clamor de trompetas:

y • ¡salve á Rodrigo!

retumba dó quiera.

• ¡Salud al que al moro

fortísimo aterral!

• ¡Salud al que ensancha

las pátrias fronteras!
Y luego del noble
solar que sustentas,
tus hijos asiendo,
parece en la puerta
honrada matrona,
cercada de dueñas,
que corre á tus brazos,
que en ellos se encuentra,
y al verse á tu lado

RODRIGO.

se finge que sueña.
¿Y quién es la dama
que amante me espera?
¡Soy yo!

GIMENA.

RODRIGO.

¡Cuán distintos
ensueños me aquejan!
Tres noches seguidas
visiones horrendas
me acosan sombrías,
me afligen sangrientas.
En medio de hermosa
galana floresta,
te miro vagando
tranquila y risueña:
el aura en tus rizos
purísima juega,
tus blancos cendales
agita y ondea,
y ciñe aureola
de luz tu cabeza.
Un ángel pareces
que el cielo me muestra.
¡Rodrigo!

GIMENA.

RODRIGO.

A tu lado
la fe que me alienta,
mi amor, mi esperanza
potentes me llevan:
te llamo: los brazos
te tiendo, y te alejas;
prosigo, y sus flores
la grata pradera
en yermo convierte
de ardientes arenas:
el cielo se nubla

y el suelo retiembla:
 insisto y horrendo
 seguirte me veda
 un lago de sangre
 que hirviendo voltea:
 su vista me irrita,
 me arrojo á beberla:

la apuro, y no sacio
 la sed que me aqueja;
 te busco de nuevo,
 te miro en la opuesta
 del lago cruento
 lejana ribera,
 y al verte, mi sangre
 cobarde se hiela:
 que no eres ya el ángel
 de paz que á la tierra

á darme venturas
 propicio viniera.

GIMENA.
 RODRIGO.

¡Rodrigo! ¡qué dices!
 Tus ojos me aterran
 que airados me miran,
 que ardientes me ciegan,
 y horror y venganza
 tu rostro refleja.

GIMENA.

¡Ensueño imposible!
 ¡Mentira siniestral!
 ¡Tornarse en venganza
 mi amor! ¿Cuál ofensa
 pudieras hacerme
 que tal me volviera?
 ¿Acaso por otra
 dejárasme?

RODRIGO.

¡Cesa!
 ¡No manche tu labio
 tan cruda blasfemia!
 Escucha, si anhelo
 la lid contrapuesta,
 por tí la codicio,
 y en tí se refleja
 por Dios y la patria
 la fe que me alienta.
 Tu amor me engrandece
 tu amor es mi fuerza,

y siempre, lo juro,
mi Dios, mi Gimena,
serán contra el moro
mi grito de guerra.
¡O tuya ó del claústrol
¿Si en lucha funesta
sucumbo?...

GIMENA.
RODRIGO.

GIMENA.

En la fosa
muy pronto mis penas
descanso hallarian;
que en tí mi existencia,
mi amor, mi contento
radiantes se encierran:
por tí solo vivo,
y en tí, solo espera
tu esposa.

RODRIGO.

¡Mi esposa!
¿Tan dulce promesa
podré ver cumplida?
¡Si casarte intenta
tu padrel

GIMENA.

En las almas
los padres no imperan:
¡Dios solo! y... ¡maldita
la noble doncella
que lleva á las aras
traicion y vileza!
Si tú eres constante
tranquilo me deja,
y parte y conquista
las arras sangrientas
que tuya han de hacerme.

RODRIGO.

¡Vendrán harto apriesa!
hoy mismo á mi padre
su noble bandera
pediré; mas dame
cual amante enseña
una prenda tuya

GIMENA.

¡Con el alma sea!
(Desprendiéndose un relicario que lleva al cuello.)
De la madre mia
recibí esta prenda,
que ciñó á mi cuello
con sus manos yertas.

•Yo de tí me parto,
con turbada lengua
dijome espirante;
mas contigo queda
la amorosa madre
de las tristes huérfanas;
que su santa imagen
que esta joya encierra,
cual á mi guardóme
tu horfandad proteja.
Yo guardé, Rodrigo,
de mi madre muerta
la reliquia santa
que te doy por prenda;
sobre mí la tuve;
sobre tí la lleva,
y en la lid trabada
sirva á tu defensa.

*(Rodrigo guardando el relicario en su pecho
y arrojándose á los piés de Gimena.)*

RODRIGO.
GIMENA.

¡Angel de mi gloria!
Alza y nada temas:
á tu padre busca.

ESCENA VII.

RODRIGO. — GIMENA. — ELVIRA. — DIEGO LAINEZ

que aparece en la puerta de la izquierda, y hace señal á Elvira,
que ha hecho un movimiento, para que no avise su llegada: ade-
lanta apoyado en Garcés hasta colocarse detrás de Rodrigo y de
Gimena: Garcés se retira junto á Elvira.

GIMENA.

Y á la lid te apresta.
Cuida que te aguardo
de impaciencia llena,
valor y esperanza.
¡Adios!

RODRIGO.

¿Y me dejas
tan pronto?

GIMENA.

La infanta
tal vez en mi ausencia
ya larga repara;

quedóse con ella,
tu padre...

DIEGO.

Y más breve
por Dios fué su audiencia.

RODRIGO.

¡Padre!

GIMENA.

¡Señor!

DIEGO.

¿Por qué así,
turbados bajais los ojos?
¿qué hay de vergonzoso aquí?
ó al mirar que os sorprendi
¿os da la sorpresa enojos?

(Apoyándose en ellos que le llevan al sillón
donde le sientan.)

¡Amores, y fe jurada
teneis en dulce secreto!
Yo, tambien aquí soñada
tengo esa union anhelada.

RODRIGO.

Perdonad si mi respeto
de vos, señor, ocultó
mis amores.

GIMENA.

Yo le vi
y misteriosa le amó
el alma: amor me pidió,
y suya me prometí.

RODRIGO.

Cuando la noche cerraba,
solo, de Vivar salia,
y á Búrgos mi amor llevaba.

GIMENA.

Y yo la noche esperaba
que mis amores traia.

RODRIGO.

Tan solo el silencio oyó
nuestro hablar amante y puro.

GIMENA.

La luna, sola nos vió,
Rodrigo á los piés del muro,
y en los miradores yo.

DIEGO.

(A Gimena.)

Y yo soñaba en Gormaz,
cuando al verte en mis rodillas,
me daba grato solaz
de tus caricias sencillas
la dulce inocente paz.
Tu tierna cándida mano,
la blanca barba halagaba
del torpe doliente anciano
que á la tumba ya cercano

por tí en la vida pensaba.
Que en tu faz, donde hechicera
tranquila infancia reía,
yo miraba la altanera
matrona que ser pudiera
sostén de la estirpe mia.

Y pensando en mi Rodrigo,
que niño dejé en Vivar,
unióle mi amor contigo,
y hoy que tal dicha consigo,
pienso que todo es soñar.
¡Cuán feliz si yo lo viera!

RODRIGO.

Dadme licencia, señor,
de llevar vuestra bandera
contra el moro á la frontera,
si darme quereis mi amor.

DIEGO.

Harto su amor has ganado,
y su mano he de pedir
en tu derecho fundado,
que yo no hubiera de ir
como quien pide al fiado.

GIMENA.

Harto renombre ganó
el que noble, bravo y fuerte
al Rey la vida salvó.

RODRIGO.

¡Libraste al Rey de la muerte
y no lo he sabido yo!

Fué del acaso un azar.

Por el monte iba cazando
cuando ví al Rey cabalgar
al lindel del encinar,
de una res el rastro hollando.

Un toro que se asombró,
ligero, como una flecha,
hácia el ruido se lanzó,
y la senda que era estrecha
de improviso al Rey cortó.

Yo, que ví desde el taller
el peligro, allá corrí,

á tiempo logré llegar;
maté al toro, y me volví
por la maleza á embreñar.

Y como para contada
no era por mí la aventura,
de tí la tuve callada,

- que merece tu hermosura
con más riesgo ser ganada.
- GIMENA.** Sin tí el reino, en horfandad
por su noble Rey gimiera.
- RODRIGO.** Visto el caso en puridad,
hice... lo que otro cualquiera
pudo hacer por caridad.
- GIMENA.** ¡Caridad que sacrifica,
la vida, del héroe nace,
y así la virtud se explica!
- RODRIGO.** Lo bueno que el hombre hace
no es bueno si lo publica.
Padre, si darme placer
quisiéreis, y al alma paz,
que á Gimena por mujer
pretendo, haced entender
á don Gomez de Gormaz,
que no pido en el momento
la gloria de ser su esposo,
mas que ofrezca al casamiento,
cuando torne victorioso
del moro, el consentimiento;
que me exija por su mano,
la más defendida almena
del lidiador mahometano,
que por ganar á Gimena
poco haré si no la gano;
que la dé, no á lo que soy,
sino á lo que espero ser,
y contra el alarbe voy,
y en un año desde hoy,
ó muero, ó es mi mujer.
- DIEGO.** ¡Sí será! ¡yo te lo fio,
que para ser digno de ella,
es mucho ser hijo mío!
- GIMENA.** Será, sí; que yo confío
en Dios y en mi buena estrella.

ESCENA VIII.

DICHOS.—GARCES por el fondo.

GARCES.

¡Señor!

DIEGO.

¡Garcés importuno!

¿Qué quieres?

GARCES.

Deciros quiero
que allá en el monte distante
se ven de antorchas reflejos,
y que el Rey tardará poco
en llegar.

DIEGO.

Pues preparémonos
y fieles al Rey sirvamos.

Tú, Gimena, vete á dentro,

que acaso la noble infanta

te echa á su lado de menos.

A don Gomez de Gormaz

en cuanto llegue, hablar pienso:

su Gimena he de pedirle

para mi Rodrigo, y luego

que vaya á ganar tu mano

aterrando al agareno.

Adios, hija.

GIMENA.

Adios, señor,

que pronto nombre tan tierno

podais con derecho darme.

DIEGO.

(A Rodrigo.)

Vé á servirla y vuelve presto.

Adios, Gimena, hija mia.

GIMENA.

Que os guarde, señor, el cielo.

RODRIGO.

Esta, Gimena, es tu mano.

(Con alegre sorpresa al ver que Gimena le
tiende la mano.)

GIMENA.

Con ella mi fe te entrego.

(Salen por la izquierda asidos de las manos;
Elvira toma la lámpara que dejó sobre el alfeizar
del ajimez, y sigue á Gimena.)

ESCENA IX.

DIEGO LAINEZ.—GARCES.

DIEGO.

Oye, Garcés; mi estandarte,
mis pajes, mis escuderos,
mis armas y mis vasallos
junta y tráelos al momento.
Contra el moro á don Rodrigo
quiero lanzar; que el esfuerzo
del invencible Lain Calvo
vuelva á brillar en su mieto.

GARCES.

¡Ah, señor! ¡cuán bien haceis!
¡y vive Dios ya era tiempo!

DIEGO.

Vé, buen Garcés, y no tardes.

GARCES.

Pronto el redoblar guerrero
escuchareis convocando
á vuestros vasallos.

(Sale por la puerta del fondo.)

ESCENA X.

DIEGO LAINEZ.

Siento

no sé qué peso en el alma,
no sé qué amargo recelo.
¡Ay! siempre que á mi Rodrigo
pensé entregar el gobierno
de mi casa, al contemplarle
tan jóven, temí perderlo.

Y es preciso, ya es un hombre;
ama; se entristece dentro
de estos muros, é irritado
é impaciente le contemplo.
¡Es preciso!

ESCENA XI.

DIEGO LAINEZ.—RODRIGO

RODRIGO.

¡Padre mío!

¡Oh! ¡cuanto bien me habeis hecho!

¿Con que al fin, de la campaña

voy á respirar el viento,

y entre el polvo del combate,

veré al musulman soberbio?

(Suenan dentro clarines y timbales.)

DIEGO.

¡Escucha!

RODRIGO.

¿Vuelve ya el Rey?

DIEGO.

Del atabal el estruendo

á mis vasallos avisa,

y aquí se hallarán muy presto.

(Empiezan á bajar por las escaleras y á salir por ambos lados de la galería, pajes, escuderos, ballesteros y hombres de armas, que desaparecen por el tramo inferior.)

RODRIGO.

¿Y para qué?

DIEGO.

¿Has olvidado

mi promesa? Nunca fueron

al campo, sin señorío

los de Vivar: darte quiero

con mi estandarte mis armas,

y con ellas mis derechos;

que los sustenten cual noble,

Rodrigo del alma, espero;

antes que vivo sin honra,

con honra te quiero muerto,

y acabado mi linage

antes que manchado verlo:

cuida que está á mucha altura

el nombre de tus abuelos,

y que heredas tanta gloria,

que puede agoviarte el peso:

aquesto á solas te digo;

hijo, piensa bien en ello;

y porque ya se aproximan

nuestros vasallos, callemos.

ESCENA XII.

DIEGO LAINEZ.—RODRIGO.—GARCÉS trayendo el estandarte de Vivar, verde con cruz de plata; tras él pajes, escuderos, ballesteros, hombres de armas, por las escaleras.

GARCÉS. ¡A la cámara de honor,
hidalgos y mesnaderos!

(Entran todos cubriendo el fondo: Garcés con el estandarte delante: los pajes detrás: detrás los escuderos; por último los restantes.)

DIEGO. Bien venidos, hijos míos;
entre vosotros advierto
á algunos que en el combate
há muchos días me vieron.
Contra moros fronterizos
probé mi postrer esfuerzo
quince años há: desde entonces
contra el moro no hemos vuelto,
que ya me saltaron brios;
anciano, débil y enfermo,
en la infancia don Rodrigo,
entre estos muros durmiendo,
he soñado una esperanza
que al fin realizarse veo.
Otra vez el estandarte
de Lain Calvo al aire tiendo,
y porque la edad helada
no me deja mantenerlo,
don Rodrigo de Vivar
desde agora es vuestro dueño.
Escuchad, mi secretario,
y lo que fuéreis oyendo
escribid, para que sirva
de probanza en todo tiempo.

(Uno de los del acompañamiento, se acerca al lado izquierdo de la mesa, toma un escabel que habrá á mano y se sienta, escucha y escribe.)

¡Don Rodrigo de Vivar,
infanzon de nacimiento,
de Diego Lainez hijo,

del noble Lain Calvo nieto,
de nuestro solar altivo
bajo el venerando techo,
escuchad, cual escuchárais
la voz de Dios en el templo,
que á más de ser vuestro padre,
me abrumen noventa inviernos!
Yo os doy la invencible espada
que mis mayores me dieron:
cuidad que os la doy sin mancha;
cuidad que su limpio acero
es de hazañas y virtudes
de vuestros padres espejo.

¿Jurais mantener su brillo
libre de traicion y miedo?

RODRIGO.
DIEGO.

¡Lo juro, señor! ¡lo juro!
¿Jurais amparo y respeto
al huérfano, á la doncella,
al desvalido, al enfermo,
y á quien os demande ayuda
con justo y noble derecho?

RODRIGO.
DIEGO.

¡Lo juro, señor!

¿Jurais
no entregaros al sosiego
mientras hubiere enemigos
de Dios, ó del Rey, ó vuestros?
¿Qué nunca torpe codicia
ni amor, ni amistad, ni deudos
os harán hollar lo justo?

RODRIGO.
DIEGO.

¡Yo lo juro!
*(Dándole la espada que se ha descenido al diri-
girse á Rodrigo.)*

El juramento
si cumplís, Dios os lo premie:
y si no... ¡júzgueos el cielo!
(Rodrigo se cina la espada.)
Agora escuchad, hidalgos,
escuchad, y terminemos:
yo trasmito á don Rodrigo
de Vivar, cuanto poseo,
cuanto heredé de mi padre,
cuanto mis reyes me dieron,
cuanto gané con mi lanza,
tierras, juros, privilegios.

GARCES.

Yo á preparar mi partida,
me retiro á un monasterio,
que en mi falta á don Rodrigo
por señor y amparo os dejo.
(*Levantando el estandarte.*)
¡Viva don Rodrigo!

TODOS.

RODRIGO.

¡Viva!
¡Hijosdalgo y hombres buenos;
mientras viviere mi padre,
será mi señor y el vuestro!
Yo no acepto el señorío,
que aunque mi padre es ya viejo,
en mí vive y en mi brazo
su antiguo pasado esfuerzo.
¡Hijo!

DIEGO.

RODRIGO.

Escusad la porfía
padre y señor, y acabemos,
que ya del Rey las vocinas
repite cercano el eco.

(Desde el principio de esta escena se han oído á lo lejos y casi perdidas, las cornetas de caza, de tiempo en tiempo, acercándose gradualmente: al llegar á este punto, se oyen cerca del castillo.)

Borrad, señor Alvar Perez,
esas letras que habeis hecho,
que estando mi padre vivo,
no quiero su testamento.

(El secretario se levanta, rompe el pergamino y se retira.)

Hidalgos, escuchad todos;
aquel que tuviere deudos,
para marchar al combate
vaya á despedirse de ellos.
Mañana al romper el día
contra el moro partiremos,
y que esteis á punto armados
y prevenidos deseo.
Agora con vuestra enseña
y estos bravos escuderos,
dadme licencia, señor,
de qué al Rey salga al encuentro,
que honrarle es justo y forzoso,
y ya cercano le sienta.

DIEGO. Hijo, vé, ya que tu padre
ir no puede por tan viejo.

(Rodrigo sale con el estandarte y algunos escuderos; los demás se dividen en dos grupos á los dos lados de la cámara: mientras baja Rodrigo y desaparece, se oyen fuera estas voces.)

VOZ DE AR. ¡Ah! ¡de los del campo!

¡Respondan! ¿Quién va?

VOZ DE AB. ¡El Rey de Castilla!

1.ª voz. ¡Salud! ¡venga en paz!

¡Alzad el rastrillo

y el puente calad,

que el Rey nuestro dueño

se acerca á Vivar!

(Se oye el ruido de las cadenas del puente y el golpe que da al caer sobre la barbacana: en seguida música de timbales y clarines que saluda al Rey y que dura hasta que entra en escena.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS MENOS RODRIGO. — GARCES Y LOS ESCUDEROS.

DIEGO.

Ven acá, buen Alvarado,
ven y sostenme, que á fé
no puedo tenerme en pié.

(Un escudero, se acerca y levanta á don Diego; este apoyado en él se dirige lentamente al fondo.)

Y no es justo, ni es honrado,
que teniendo yo á mi lado,
quien mi flaqueza sustente,
estando mi Rey presente,
á pretexto de flaqueza,
ofenda su régia alteza,
sentado del Rey enfrente.

ESCENA XIV.

Suben por las escaleras, ballesteros, á quienes precede un conde de palacio, atraviesan la escena y entran por la puerta de la izquierda. Despues pajes con antorchas que preceden al Rey; á seguida don Sancho, y á su izquierda Rodrigo; despues don Gomez de Gormaz y varios otros condes, hombres de armas del Rey, que se colocan á la izquierda, delante de los vasallos de Vivar que están en aquel lado. Garcés con el estandarte de Vivar y los escuderos al otro lado, dejando abierto un ancho claro por donde se ve el fondo; por la galería, viniendo de las escaleras, se parten los monteros con las traillas, y por último los restantes ballesteros y ojeadores suben los últimos tramos de las escaleras.

DIEGO. Dadme las plantas, señor. *(Al Rey.)*
REY. Decid los brazos más bien. *(Alzándole.)*

Que, aquí no sabemos quien
 da honor, ó recibe honor;
 cada almena del castillo
 de Vivar es una historia
 de honor, de lealtad, de gloria;

y ahora que cumple decillo,
 sin el valor sobrehumano
 de un tal mozo que ha de dar
 al linage de Vivar

y á su suelo castellanò,
 yo lo espero, más de un dia
 de victoria, tal vez fuera

del Rey que en Castilla impera
 ya alcázar la tumba fria.

¡Don Rodrigo de Vivar!
 mostradnos al fin la frente,
 que aquí, afortunadamente,
 no hay á punto un encinar
 por dò tomar la partida
 despues de salvar al Rey.

¿Dónde visteis, en qué ley,
 la disculpa á vuestra huida?

Y será justo que os tilde
 por lo tanto, caballero;
 que yo, vive Dios, no os quiero
 tan altivo ó tan humilde.

- RODRIGO.** Con mi obligacion cumplí,
y lo que por vos, lo hubiera
hecho; señor, por cualquiera,
en el peligro en que os ví;
y no esperé en conclusion,
por escusarme la paga,
que no es justo que se haga
pagar una obligacion.
- REY.** Pues hay nobles, por mí honrados.
(*Volviéndose á D. Gomez de Gormaz con intencion y con acento frio y severo.*)
muy de su linage llenos,
y muy tenidos por buenos
y al tanto muy respetados,
que harto debieron llegar
á donde llegásteis vos,
y si llegáran... ¡por Dios,
que se lo hicieran pagar!
¡Cuando pienso que si allí,
mi buena suerte no os lleva,
la fiereza en mí se ceba
del bruto que hallé ante mí,
y solo vos acudisteis,
y nadie mio acudió...
- RODRIGO.** ¡Señor, no soy vuestro yo!
- REY.** ¡Bien, don Rodrigo, dijisteis!
Mio sois, y por tan mio
os tomo, que desde hoy
mi estandante real os doy
y en él mi honor os confío.
(*Arrodillándose.*)
- RODRIGO.** ¡Ah! ¡magnánimo señor!
¡Si cuando nada os pedi,
pagais mi lealtad así!...
- REY.** ¡Alzad, mi alférez mayor!
- DIEGO.** ¡Señor! ¡señor!
- REY.** (*Conmovido.*) No lloreis,
mi viejo conde don Diego,
porque me acrecienta el fuego
el noble llanto que haceis,
y puede pesar á alguno,
si doy rienda á mi corage.
(*Mirando al conde D. Gomez de Gormaz.*)
Llevo la vida que traje,

y es ya el enojo importuno.
Y porque quiero á mi hermana
la hermosa infanta mostrar
á quien me llegó á salvar
con bravura sobrehumana,
acompañadme Rodrigo,
y vos, don Diego, también,
vamos.

DIEGO. En hacerme bien
Dios es pródigo conmigo.

RODRIGO. *(A Garcés mientras su padre sigue lentamente
al Rey apoyado en un escudero.)*

Para que cada cual pueda
la partida prevenir,
que á todos dejen salir,
hasta el toque de la queda.
¿Mañana?

GARCÉS.

RODRIGO.

Sí; al despuntar
el día; tened, Garcés,
prontos mi lanza y mi arnés.

*(Vase por donde el Rey y Diego Lainez: Garcés con
el estandarte y las gentes de Vivar, se vá por el
fondo y baja las escaleras.)*

ESCENA XV.

DON GOMEZ DE GORMAZ Y LAS GENTES DEL REY.

GOMEZ.

*(Saliendo de repente de su profunda medita-
cion y dirigiéndose á los que le acompañan en la
escena con acento sombrío y concentrado.)*
¡Los del Rey! ¡A descansar!

*(Salen todos menos Dieguez, escudero de don Go-
mez y suben las escaleras.)*

ESCENA XIV.

DON GOMEZ. — DIEGUEZ.

GOMEZ.

Oye, Dieguez; la litera
ten, de tu señora, á mano
en el rollo; que me esperen
allí mismo mis vasallos

que en la corte me acompañan:
allí también mi caballo
ténme, y al punto, que aquí
cual en un horno me abraso.

DIEGUEZ.

GOMEZ.

DIEGUEZ.

¡Señor! Vete y cumple fiel.

Descuidad.

(Sale por el fondo y baja las escaleras.)

ESCENA XVII.

DON GOMEZ.

¡Mancebo insano,
que la corona que ciñes
así empañas, ultrajando,
á quien por noble y por bueno,
dejó tu padre á tu lado!
¡Mozo iracundo y soberbio,
que los juveniles años
con la prudencia no enfrenas!
¿Tal afrenta á mí? si honrado
quisiste ver á quien pudo
salvarte, ¿por qué insensato,
por honrar á un mozo oscuro
denostas mi nombre claro?
¿No sabes que aunque las canas
ya mi frente han coronado,
por mi bravura, Castilla
me llama el conde Lozano?
¡Dios de Dios! ¿Fué culpa mia
que imprudente y temerario
diéses por ágrío sendero
rienda suelta á tu caballo;
y á un imprevisto peligro
te llevase desbocado?
¡Mal hayan los reyes niños!
¡Mal hayan mis negros hados!
¡Mal hayan, amen, mis días
de peligros y trabajos

por locos reyes ingratos!
 ¡Con que yo soy á la fin
 (*Con amargo sarcasmo.*)
 el torpe y vil mercenario
 que si á don Sancho salvára
 pagarme hiciera á don Sancho!
 ¡Dá gracias, Rey iracundo,
 de tu corona á lo sácro,
 y á la estima en que yo tengo
 mi altivo renombre hidalgo!
 Mas, pues, ciego me ofendiste,
 de tu servicio me aparto,
 y me paso á las Asturias
 con don Alfonso tu hermano;
 que no ha de haber quien dijere
 que viví donde injuriado
 por el Rey don Sancho he sido:
 mas aquí viene mi anciano
 amigo Diego Lainez,
 que sin duda desagravio
 viene por su parte á darme.
 El semblante compongamos,
 y el furor disimulemos,
 que cólera sin estrago
 es cólera de mujeres,
 de cobardes.

ESCENA XVIII.

DON GOMEZ. — DIEGO LAINEZ apoyado en un escudero
 por la izquierda.

DIEGO.

Bien hallado
 mi noble amigo don Gomez;
 ansioso por encontraros,
 al Rey pedi de salirme
 la licencia, pretextando
 mis achaques.
 (*Se sienta en el sillón junto á la mesa.*)

Una silla
 al noble conde Lozano,
 Alvarado, y vete fuera!
 (*Don Gomez se sienta, Alvarado sale.*)

ESCENA XIX.

DON GOMEZ. — DIEGO LAINEZ.

GOMEZ. Por lo que presumo, es largo lo que teneis que decirme.

DIEGO. Quiero, don Gomez, probaros mi antigua amistad de nuevo.

GOMEZ. De ella jamás he dudado.

DIEGO. Sobrevienen en la vida sucesos que...

GOMEZ. Son infaustos: Dios lo quiere: no ha de ser todo próspero.

DIEGO. Yo trato de hablaros de cierto asunto, harto favorable á entrambos.

GOMEZ. ¿Y qué es ello?

DIEGO. De Gimena, don Gomez, pretendo hablaros.

GOMEZ. (Con extrañeza.) ¿De Gimena! No os comprendo.

DIEGO. Nuestros linages.

GOMEZ. Son ambos al par ilustres y antiguos.

DIEGO. Nuestra amistad heredamos de nuestros padres.

GOMEZ. Es cierto.

DIEGO. Y más de una vez lidiando juntos nos vió el moro.

GOMEZ. Y bien...

DIEGO. Para heredar vuestro estado solo teneis á Gimena.

GOMEZ. El mejor día la caso: su mano me piden muchos.

DIEGO. ¿Y prometisteis su mano?

GOMEZ. Libre la eleccion la dejo, y aún no ha elegido.

DIEGO. Pues algo sé yo de ciertos amores.

- GOMEZ. (*Con disgusto y altivez.*)
¡Con Gimena!
- DIEGO. De ella os hablo.
- GOMEZ. ¿Decís que tiene mi hija
amores?
- DIEGO. Si.
- GOMEZ. Vuestros años
me están obligando á oiros
cual se escucha á los muchachos,
que lo que dicen no saben,
y que agravian sin pensarlo.
¿Qué habeis dicho?
(*Levantándose con energía.*)
- GOMEZ. Nada dije.
- DIEGO. Descortés estais, y es claro,
pues me encontrais casi niño
de puro viejo, y callarlo
debisteis, si cierto fuera.
- GOMEZ. ¿Y quién, sino un insensato,
puede ni aun pensar que amores
secretos, de mí callados
pudiera tener Gimena?
- DIEGO. Los tiene.
- GOMEZ. ¡Dios de su mano
me tenga!
- DIEGO. ¡Y nobles amores!
- GOMEZ. ¡Don Diego!
- DIEGO. ¡Con quien bizarro
hizo lo que vos no hicisteis:
con mi hijo!
- GOMEZ. ¡Mentis! (*Le da un bofetón.*)
- DIEGO. ¡Villano!
- (Echa mano al costado; don Gomez se levanta sobre-
cogido por lo que ha hecho.)
- ¡Ah! ¡mi espada! ¡no la tengo!
- (Se deja caer desplomado en el sillón; y oculta el
rostro entre las manos.)
- GOMEZ. ¿Qué es esto, cielos contrarios,
cielos de mi honra enemigos!
¿Yo tal afrenta á un anciano?
Mas no hay nadie... nadie ha visto...
Lo he visto yo... ¡en vano trato
de deshacer lo que he hecho!
¡El duro y reciente agravio

del Rey... mi cólera ciega!...
 ¡Salgamos de aquí... salgamos!...
 ¡y con Gimena!... *(Sale por la izquierda.)*

ESCENA XX.

DIEGO LAINEZ.

(Tornando en sí.) ¡Dios mío!
 ¡Dios poderoso! ¡Dios santo!
 ¡afrentado estoy, y el llanto
 mi semblante nubla impío!
 ¡y no con lágrimas, no,
 puedo mi afrenta borrar,
 es necesario matar
 y no puedo matar yo!
 ¡Ah! ¡mi desdichada estrella!
 ¡Ah! ¡conde, conde villano!
 ¿Por qué al levantar tu mano
 no tuviste hierro en ella?
(Vuelve á cubrirse el rostro con las manos y á caer abatido.)

ESCENA XXI.

DIEGO LAINEZ.—DON GOMEZ llevando á GIMENA de la
 mano ELVIRA Y DOS ESCUDEROS por la izquierda.

GIMENA. ¿Dónde, padre, me lleváis
 con vos airado?

GOMEZ. De aquí
 no he de partirme sin tí,
 y parto.

GIMENA. Pues lo mandáis
 obedeceros es ley;
 ya os sigo mas tal furor,
 ¿quién os le causa, señor?
 ¿quién os ha ofendido?

GOMEZ.

¡El Rey!
y vamos, que ya me humilla

en estos sitios estar;

hoy salimos de Vivar,

y mañana de Castilla.

GIMENA.

¡Ay de mí!

(Salen por el fondo y bajan por las escaleras.)

ESCENA XXII

DIEGO LAINEZ.—RODRIGO por la izquierda.

RODRIGO.

¡Cielos! ¡se van!

con ella salir le vi

demudado, y los seguí

impelido por mi afán.

El duro rigor, tal vez,

de don Sancho le irritó,

y, ¡ay triste! recibo yo

el golpe de su altivez.

¡Mi Gimena! Mas, ¿qué veo?

¡Mi padre agoviado allí!

¡Señor, señor!

DIEGO.

¡Ay de mí!

¡Rodrigo!

RODRIGO.

¿Qué es lo que leo

en vuestro semblante? ¡Espanto!

DIEGO.

¡Y vergüenza!

RODRIGO.

¡Vos, señor, —

en las mejillas rubor,

y en los ojos triste llanto!

¡Hablad!

DIEGO.

(Asiéndole las manos y mirándole con ansiedad.)

¡Mirame á la cara!

¡Mirame sereno y fijo

y prueba que eres mi hijo!

RODRIGO.

¡Prueba tendreis harto claro!

¡Temblais!

DIEGO.

¡Tiemblo de coraje!

en mi viejo rostro frío

ha impreso un hombre, hijo mío;

villano y cobarde ultraje.

RODRIGO. Decid.

DIEGO. El conde Lozano
cuando de tu amor le hablé...

RODRIGO. ¡Ah! ¡mi amor la causa fué!

DIEGO. — ¡Puso en mi rostro su mano!

RODRIGO. ¡Cielos! ¿he escuchado mal?
¡qué habeis dicho!

DIEGO. En mi megilla
de la tremenda mancha
arde la infame señal.

RODRIGO. ¿Decís que ciego en su ira
el torpe conde Lozano
en vos ha puesto su mano?

DIEGO. ¡Si, por desdicha!

RODRIGO. ¡Mentira!

DIEGO. ¡Hijo!...

RODRIGO. ¡Si tal me contara
otro, y mi padre no fuera,
aunque Dios le protegiera
en mi furor le matara!

DIEGO. ¡Rodrigo!

RODRIGO. ¡Dios vengador!

¡mancha tal en mi hidalguía!
¿Quién su honor á viejos fía,
si en algo tiene su honor?

DIEGO. ¡Oh! ¿quién eres tú, que airado
así me amenazas fiero?

RODRIGO. ¡Yo soy... mi linaje entero,
que en vos se ve deshonorado! (Pausa.)

DIEGO. Del delito de vivir,
y de la vejez llegar,
y no poderme vengar
me haces la pena sufrir.
En buen hora; no me quejo:
la afrenta que nos oprime
con vil sangre se redime...

¡Derrama la de este viejo!

RODRIGO. ¡Sangre, sí! ¡la sangre borra
mancha que empaña el honor;
mas, sangre del ofensor
debe de ser la que corra!

¡La tendremos! ¡hola! ¡a mi
Melendo, Nuño, Garcés!
mis hidalgos!

ESCENA XXIII.

DIEGO LAINEZ. — RODRIGO. — MELENDO. — NUÑO,
GARCÉS por el fondo.

Fuerza es
que vengan todos aquí:
y porque acuda al estruendo
hasta la gente de afuera,
que la llame ronca y fiera
nuestra campana, Melendo.
Vos, mi valiente Garcés,
congregad mis escuderos:
trescientos de los más fieros
vistan al punto el arnés;
cubrid con la dura malla
Nuño, y al punto esto sea,
cual para entrar en pelea
á mi bridón de batalla.
¡Idos! *(Los tres salen por el fondo.)*

ESCENA XXIV.

DIEGO LAINEZ. — RODRIGO.

RODRIGO. *(Volviendo junto á su padre.)*
Sea cerca, señor,
el momento formidable.

(Empieza á tocar la campana de rebato, que no cesa hasta que concluye el acto; pero con un gran intervalo de golpe á golpe.—Poco despues, por la parte de abajo y de arriba de las escaleras, por la derecha y por la izquierda de la galería, acuden precipitadamente escuderos, ballesteros, soldados, tanto del Rey como de Vivar, unos con lanzas, otros con ballestas, otros con espadas desnudas, y se agolpan á la entrada de la escena: entretanto sigue el diálogo.)

El luto que miserable
 cubre nuestro muerto honor,
 tan solo los dos sabemos,
 y el que se atrevió á causarlo:
 infame fuera ocultarlo,
 é infames ser no podemos;
 y pues queda la esperanza
 de reparacion sangrienta,
 que el mundo sepa la afrenta,
 porque estime la venganza.
 ¡Aquí, vasallos, aquí!
 ¡A la cámara de honor!
 (Entran todos.)

ESCENA XXV.

DIEGO LAINEZ. — RODRIGO. — GARCES. — EL REY

por la izquierda con su gente y acompañamiento. — Siguen acudiendo gentes sin cesar.

RODRIGO. ¡El Rey!

REY. ¿Qué es esto?

RODRIGO. ¡Es, señor,

que desdichado nací!

REY. ¿Por qué ese fragor resuena?

¿Por qué esa campana zumba?

RODRIGO. ¡Es mi honor que se derrumba,

y que al derrumbarse atruena!

Es, señor... mas perdonad,

mi padre os lo va á decir.

(Acercándose á su padre y aparte.)

Es necesario sufrir

con valor: venid; alzá:

buscad apoyo en mi brazo,

y no tembleis, que á fé mia,

para tener alegría

os falta muy corto plazo.

(Diego Lainez se levanta vacilante apoyado en el brazo de Rodrigo, que adelanta con él hasta dejarle ver de todos.)

RODRIGO. La injuriada frente alzá,

vuestra querella decid.

(Al Rey y al acompañamiento.)

¡Señor! ¡Vasallos! ¡Oíd!

¡Agora, padre, empezad!

DIEGO.

¡Ah! ¡no puedo mi vergüenza,
por mas que lucho, vencer!

RODRIGO.

Si no lo podeis hacer,
es fuerza que yo me venza. (A todos.)

Un hombre infame y traidor

hirió á mi padre en el rostro.

(Rumor en el acompañamiento.—Diego Lainez se cubre el rostro y se desploma.)

RODRIGO.

(Sosteniéndole.)

¡No os postreis! ¡yo no me postro,
y vuestro honor es mi honor! (A todos.)

Es quien se atrevió á injuriar
á un noble y doliente anciano,

el traidor conde Lozano,

y yo... ¡le voy á matar!!!

REY.

El Rey os hará justicia

sin que vos os la tomeis.

RODRIGO.

(Llevando á su padre al sillón y sentándole en él.)

¡Qué, señor! ¿verme quereis
escarnio de la malicia?

¿Pues qué, las gentes dijera
de mí, si al verme afrentado,

cual hembra ó fraile cuitado

acudir al Rey me vieran?

¡Yo mi afrenta he de vengar

contra el conde y su poder,

y... ó me tiene de vencer,

ó le tengo de matar!!!

REY.

¡Mirad que en vuestro furor

mi ley poneis en olvido!

RODRIGO.

Para el que honrado ha nacido

no hay otra ley que el honor!

y si el Rey me la embaraza,

mire el Rey cómo lo intenta:

en tanto y á buena cuenta,

¡plaza, Rey don Sancho, ¡plaza!!!

(Sale por el fondo: sus vasallos le siguen en tumulto, el Rey se dirige rápidamente al sillón donde está doblgado Diego Lainez.)

ACTO SEGUNDO.

Cámara bizantina en el castillo de Gormaz: al fondo una gran puerta que dá á una galería: á la izquierda del actor, una ventana, en primer término; en segundo, puerta: á la derecha una puerta una lámpara de tres flameros, única luz que alumbra á la escena pendiente de la bóveda.

ESCENA PRIMERA.

GIMENA, sentada junto á la mesa, leyendo en un libro: poco después ELVIRA por la puerta de la izquierda.

GIMENA.

(Dejando de leer.)

En vano del santo libro
la sábia escritura leo;
en vano, en Dios busco ansiosa
á mis temores consuelo.

En Rodrigo siempre fijo
el turbado pensamiento,
yo no sé de qué me espanto,
yo no sé de qué recelo,
ni por qué de aquesta cámara
las sombras me causan miedo.

Elvira, mi buena amiga,
vienes á mi lado á tiempo,
que me pesaba estar sola;
¿Y mi padre?

ELVIRA.

Aún sigue dentro
de su cámara, encerrado
con su confesor.

GIMENA.

A verlongi...

ELVIRA.

fui, y me estorbaron la entrada.

Nunca ha sucedido aquesto.

Del castillo de Vivar

nos saca iracundo y fiero;

nos mete en una litera;

vienen trotando y corriendo

con nosotras á Gormaz:

en extraño movimiento

se coronan las almenas

de robustos ballesteros;

las máquinas se preparan;

todo en bélicos aprestos

se agita, y do quier se escucha

áspero crugir de hierro.

El rastrillo está calado,

alzado el puente, y siniestro

silencio domina en torno.

No ha quedado ni un mancebo

en la villa, que aquí todos

están á lidiar dispuestos:

debe ser grave el motivo,

que vuestro padre es sereno

y valiente, y no se apresta

para el combate sin riesgo

seguro.

GIMENA.

Yo no adivino

la causa: no la comprendo.

«Hoy salimos de Vivar,

me dijo con ronco acento,

y mañana de Castilla.»

Corrió por mis venas hielos,

seguíle, y ni una palabra

me dijo: llegamos: ciego,

aún á su rostro salía

el sordo furor del pecho.

Dejóme mudo y sombrío

contigo en este aposento,

y allá se marchó á encerrarse

con su confesor, y aún dentro

la larga plática dura.

Há dos horas que hemos vuelto,

y estas dos horas han sido

para mi afán un infierno:

que la ignorancia me espanta

de lo que está sucediendo,
y del furor de mi padre
todo, mi Elvira, lo temo.

ELVIRA.

Cosas, tal vez, de la corte.

GIMENA.

Malhaya, amen, el momento
en que me llevó la infanta
á Vivar.

ELVIRA.

Pasos advierto
que se acercan.

GIMENA.

Es sin duda
mi padre: vete, que quiero
quedarme con él á solas.

(Elvira sale por la puerta de la derecha.)

ESCENA II.

GIMENA.—D. GOMEZ, por la puerta de la izquierda.

GOMEZ.

¿Por qué velando te encuentro?
La jornada fatigosa
fué por demás.

GIMENA.

Más mi anhelo,
más el funesto recelo
que mi pensamiento, acosa.

Nunca os he visto, señor,
tan irritado y ceñudo,
y me espanto, y temo,
y dudo la causa de ese furor.

GOMEZ.

Los reyes hollan, tal vez,
el honor de los vasallos,
y ofenden, al afrentallos,
de su lealtad la altivez.

Mozo el Rey, sin otra ley
que su orgullo desmedido,
insensato me ha ofendido,
y yo me aparto del Rey.

Lo quiere mi suerte impía,
pero triste al apartarme
de Castilla, al desterrarme
de la noble patria mía,
tal dolor mi pecho llena,

tal furor de mí rebosa,
que en honda lucha horrorosa
pierdo la razón, Gimena.

GIMENA.

GOMEZ.

¿Mas tan grave el caso fué?
No le quiero recordar,
que pudiera vacilar
en mi lealtad y en mi fe.
Partirme de aquí es forzoso,
pero arrastrarte no quiero
unida al destino fiero
que me sigue rigoroso.
De mi suerte las injurias
no sufras entre cabañas
habitando en las montañas
de la empobrecida Asturias;
y pues esposa te ansía
uno y otro caballero,
dejarte casada quiero
y venturosa, hija mía.

GIMENA.

Si el Rey hirió vuestro honor,
y vos, obrando cual bueno,
buscáis en un reino ageno
otro más digno señor,
no he de besar yo la mano
que, ofendiéndoos, os destierra;
no he de pisar yo la tierra
que deje el conde Lozano.
Quien amigo no os siguió,
quien vuestra injuria no siente,
mi pecho no le consiente,
no puedo estimarle yo.

GOMEZ.

GIMENA.

¿Pero no me has comprendido?
Solo puedo comprender
que os obligan á perder
el suelo en que habeis nacido.

GOMEZ.

¿Y nunca en aqueste suelo
viste un hombre afortunado
digno de ser por tí amado?
¿Nunca el dulce y tierno anhelo
sentiste dentro del alma
de que un hombre me pidiera
tu mano, y yo se la diera?
¿Nunca la tranquila calma
de tu juventud dichosa,

turbó el dulce pensamiento
de verte en grato momento
de un hombre adorado esposa?

GIMENA.

¡Padre!

GOMEZ.

Súbite color
enrojece tu mejilla:

eres noble, eres sencilla,
y me responde tu amor.

GIMENA.

Nunca he mentido, es verdad:

amo con el alma entera

á un hombre, por el que diera

mi vida y mi libertad;

con un amor infinito

puro, intenso, sobrehumano,

de Dios por la santa mano

en mi corazón escrito;

y amo, padre, con tal fe,

es tan profundo mi amor,

que si le pierdo, al rigor

de la pena moriré.

GOMEZ.

¿Y aques amor que encendido

arde en tu pecho y le llena,

es digno de ser, Gimena,

por tu padre bendecido?

Sí.

GIMENA.

GOMEZ.

Su nombre he de saber.

GIMENA.

Es Rodrigo de Vivar.

GOMEZ.

¿Cómo le llegaste á amar?

GIMENA.

¡Padre! ¡Llegándole á ver!

Un día... estaba en la huerta

del palacio en Burgos, yo;

sola, mi planta avanzó

por la enramada desierta:

un halcón nuevo llevaba

en el puño, y cuando veía

un avecilla que huía,

sobre ella mi halcón lanzaba.

De pronto de una espesura

salió un neblí fatigado

volando torpe y cansado,

de la tierra á poca altura;

y en mal hora para mí,

al verle mi halcón valiente,

plegó el vuelo de repente

cayendo sobre el neblí.

Mas antes que le tocara,
mi halcón, desplegando el vuelo,
luchó un punto, y vino al suelo
herido por una jara.

Muerto á mis piés le miré;
dióme su muerte dolor,

y al volverme en mi furor,
á Rodrigo ante mí hallé,

que con voz severa y breve,
aquesto me dejó oír:

«¡así debe de morir
el que á los viejos se atreve!»

GOMEZ.

GIMENA.

¡Eso dijo! ¡dijo bien!

Tanto despues me buscó,
tan amante me rogó,

que al fin venció mi desden.

GOMEZ.

(¡Con que morir debe así
el hombre torpe y villano,

que injuria á un débil anciano!)

¡Basta, Gimena!

GIMENA.

¡Ay de mí!

¡padre!

GOMEZ.

No te culpo, no:

déjame solo y reposa:

mi afan es verte dichosa:

no he de impedírtelo yo.

(Gimena sale por la puerta de la derecha hasta donde
la lleva don Gomez.)

ESCENA III.

DON GOMEZ.

«¡Así debe de morir

el que á los viejos se atreve!»

¡Rodrigo, tienes razon!

mas ¡ay de mí! que mi muerte

á mi Gimena del alma,

su amor matando, la hiere!

ESCENA IV.

DON GOMEZ.—DIEGUEZ por la puerta del fondo.)

DIEGUEZ. ¡Señor! ¡Señor!

GOMEZ. ¿Por qué así te apresuras, mi buen Dieguez?

DIEGUEZ. El atajador Fortuño, que agora del campo viene, dice que en la Torre Blanca ha encontrado mucha gente que cabalga bien armada.

GOMEZ. ¿Y en eso qué te sorprende?

DIEGUEZ. ¡Es que vienen á Gormaz!

GOMEZ. En buen hora: muros fuertes, buen rastrillo y honda cava, gracias á Dios, Gormaz tiene.

DIEGUEZ. Pero la villa está sola, y desamparada, inerme, pueden entrarla á mansalva.

GOMEZ. Si por mi villa se meten, al campo mis ballesteros, y veremos si cual vienen, para contar el fracaso uno tan solo se vuelve.

(.Orto shroq.) Mas si hablarme pretendiera el capitán de esa gente, dadle á él solo franca entrada y rogadle que aquí espere.

DIEGUEZ. ¿Aquí, señor?

GOMEZ. Aquí mismo: por si un lance sobreviene yo voy entretanto á armarme.

(Sale por la puerta de la izquierda.)

DIEGUEZ. ¡Por San Lázaro! ¡El que acierte lo que aquí pasa esta noche, pacto con el diablo, tiene!

(Sale por el fondo.)

ESCENA IV.

GIMENA precipitadamente por la puerta de la derecha.

¡Que vienen sobre Gormaz!
ginetes en son de guerra!

Asegurada la tierra,
há tiempo que goza paz.

¡Si al Rey contestó, injuriado
mi padre, una demasia,
y á prenderle gente envía,
don Sancho, contra él airado!...

¿Cómo puedo reposar,
si tanto y tanto recelo
van aumentando el anhelo
que no consigo calmar?

(Yendo á la ventana.)
¡Cuán cerrada! ¡cuán oscura
la noche! ¡cuán triste y fría!

En vano mi vista ansía
romper la tiniebla impura.

¡Mas, qué rumor! Rauda, fiera,
hácia el castillo avanzando,
oigo, veloz retumbando,
de un escuadron la carrera.

(Suenan un toque de corneta al que responde otro.)

Llegan: suena una bocina:
hace la torre señal:

¡Dios no nos traiga con mal
al que de noche camina!

Calan el puente: relumbran
antorchas que del castillo
salen, mas con fuerte brillo

los arneses me deslumbran.
Hablan: un leve rumor

de voces tan solo escucho,
y estremeciéndome lucho
entre esperanza y temor.

Entra un hombre, y alcanzar
no consigo por su porte,

si proviene de la córte

ó proviene de Vivar.

(*Se quita de la ventana.*)

Si la injuria que la llama

de honor en mi padre enciende,

mi noble Rodrigo entiende,

y, como dice, me ama,

debe Rodrigo venir,

si me quiere merecer,

con mi padre, es su deber,

el agravio á compartir;

que al amarme, compartió,

padres y fama conmigo:

¡oh! si, sin duda es Rodrigo

el caballero que entró.

Y si es él, nos seguirá

á Asturias: ¡cuánta alegría!

¡La patria! ¡la patria mia,

dó esté Rodrigo allí está!

ESCENA VI.

GIMENA.—RODRIGO que ha aparecido un poco antes en la puerta del fondo.

GIMENA. ¡Ahl! ¡Rodrigo! ¿eres tú?

RODRIGO. ¡Cielos, Gimena!

No pensaba encontrarte, y á tu lado,

en hora de dolor, negro destino

me pone á mi pesar.

GIMENA. ¡Habla! ¡no alcanzo

por qué vienes aquí! ¿del padre mio

sabes la injuria que lamenta, acaso?

RODRIGO. Sí.

GIMENA. ¿Y de esa injuria, cuya causa ignoro,

con mi padre á partir vienes lo amargo?

RODRIGO. No, ¡que otra injuria el corazon me irrita!

GIMENA. ¡Tú tambien!

RODRIGO. ¡Yo tambien!

GIMENA. Tal vez ingrato

al Rey á quien la vida libertaste.

á tu honor atentó, ciego y tirano,
como al preclaro honor del padre mio?

RODRIGO.

No fué el Rey.

GIMENA.

¡No fué el Rey! ¿y no has vengado
ya la ofensa, Rodrigo?

RODRIGO.

Aún no.

GIMENA.

¿Y entonces

á qué vienes aquí? ¿Tal vez dudando
de tu propio valor buscas ayuda?

RODRIGO.

¡Gimena! ¡Si el dolor desesperado
que me aflige no ves! ¡si no adivinas
en mis ojos oculto, acerbo llanto,
no añadas al dolor que me enloquece
de tu duda cruel el duro agravio!
Respetar mi silencio: no me juzgues
porque un secreto horrible te recato,
ni traidor á la fé, que á tu fé debo,
ni de mi vida ó de mi sangre avaro.
Muy pronto, mi Gimena, por desdicha,
de la horrible verdad sabrás lo infausto:
yo te ruego, mi amor, que aquí me dejes,
solo á tu padre y misero, esperando.

GIMENA.

No; yo quiero saber la verdad toda:
tengo valor, Rodrigo: más espanto

no me puede causar lo que me digas

que la duda cruel en que batallo.

¡Habla! ¡dít! ¡yo lo pido! ¡yo lo ruego!

¡y si no basta el ruego, yo lo mando!

RODRIGO.

Pues bien: sabe el horror que nos rodea:

mi noble padre, el venerable anciano

que á la sombra de hazañas y virtudes

con que ilustró de su existir los años,

dormir debiera su vejez caduca

en honda paz por todos respetado,

de un hombre, que olvidóse de quien era

sintió en su rostro la insolente mano.

GIMENA.

¡Y aún vive el miserable! ¡y me lo cuantas!

¡y no te miro, por mi mal, bañado

en su maldita sangre!

RODRIGO.

¡Cesa! ¡calla!

noble, prudente, generoso, bravo,

el hombre á quien maldices ha vivido

hasta el instante de su error infausto.

Loco debió de estar cuando tal hizo:

tal vez gimiendo inmerecido pago
de su pura lealtad á un Rey: que suelen
los Reyes olvidar de los vasallos
sacrificios y hazañas y virtudes,
en un momento de injusticia acaso...

GIMENA. ¡El nombre! ¡el nombre del que osó injuriarte
en tu padre, en tu honor! ¡Dices que ingrato
un Rey al hombre que ofenderte pudo
ofendió en su injusticia! ¡El Rey don Sancho
á mi padre injurió! ¡Dime, no tardes!
¿Fué mi padre tal vez quien irritado
á tu padre ofendió? ¡Mas no! ¡Si él fuera,
fuera horrible! ¡él no fué! ¡yo estoy soñando!

RODRIGO. Si, Gimena, sí: él fué.

GIMENA. ¡Jesús! ¡mil veces!

RODRIGO. Ya entre nosotros el sangriento lago
que en mis sueños miré, caliente humea.

GIMENA. ¿Dices que fué mi padre quien hollando,
vieja amistad y venerables canas?...

RODRIGO. ¡Sí, por desdicha! ¡sí!

GIMENA. ¡Dios sacrosanto!

¡Dios vengador! ¡Ha habido en nuestra raza
algun delito abominable, infando,
que por tu santa maldicion terrible,
nosotros, inocentes, espiamos?

¿De nuestra alcurnia impura una matrona
manchó el honor del profanado tálamo,
y sangre infame de traidor judío
en nuestras venas míseros guardamos?

¡Horrible maldición! ¡ensueño horrible!

RODRIGO. Oye, Gimena, aún vengador mi brazo,
la sangre no ha vertido que muy pronto
romperá nuestro amor desventurado.

Oyeme, y ten valor: Dios lo ha querido,
no sé si por castigo ó por probarnos:
por la postrera vez, Gimena mia
amante y triste é infeliz te hablo:
necesito decirte cuán profundo

es el ardiente amor que te consagro,
porque aprecies el duro sacrificio
que á mi honor y á mi padre á un tiempo hago.
Oye: si de mis padres ignorase
la condicion y el nombre, hijo bastardo
de una impura pasion, ó desdichada;

si á la soberbia raza de Lain Calvo
 no debiera la sangre que me alienta;
 si por mí, mi linaje comenzado
 no fuera del honor de mis mayores,
 por mi suerte fatal depositario,
 aunque tu padre, altivo, me injuriase,
 aunque al lodo por él, triste lanzado,
 su planta sobre mí pusiese aleve,
 y entregase á la burla de villanos
 mi honor, però tan solo el honor mio,
 yo por tu amor sufriera resignado,
 injuria, muerte, infamia, el roto acero
 ante tu padre tímido arrojando.
 Pero no puede ser; Dios no lo quiere;
 mi triste padre gime doblegado
 por su vergüenza: de mi estirpe entera
 las sombras siento junto á mi vagando,
 que «¡venga nuestro honor!» feroces gritan,
 con muerto sí, pero terrible labio.
 GIMENA. ¡Véngalas, pues, y adios!
(Dirigiéndose á la puerta derecha.)
 RODRIGO. ¡Oye, Gimena!

ESCENA VII.

RODRIGO.

¡Ya no atiende á mi afán! ¡Honor, tirano!
 ¿qué más puedes pedirme si la pierdo?
 Ya la tardanza me impacienta, y ánsio
 apurar el horror de mi destino.
 ¡Oh! ¡cuánto tarda! ¡Ven conde Lozano!
 ¡ven! ¡tu vida me dál! ¡dámelo pronto,
 y muera yo despues!

ESCENA VIII.

RODRIGO.—DON GOMEZ armado, por la puerta de la
 izquierda.

GOMEZ. Me habeis llamado:

héme aquí.

RODRIGO. Por fin, don Gomez,

GOMEZ.

mi impaciencia se calmó,
que el recelo de no hallaros
me apretaba el corazon.

GOMEZ.

Si ofensa quereis hacerme,
buscad disculpa mejor,
que ni á agraviados, ni á amigos
hurto nunca el rostro yo.

RODRIGO.

¡Un hurto vengo á pedirós,
que me habeis hecho á traicion!

GOMEZ.

¡Rodrigo!

RODRIGO.

Si mancillado
quisisteis mirar mi honor,
porque envidia, ó torpe ira,
el corazon os royó,
robármelo á mi debisteis
que más fuerte guardador
fuera de él, que el triste anciano
que ya sus fuerzas finó.

Locura y alevosía
juntásteis en conclusion,
que no es obra de hombres cuerdos,
ni de infanzones de pró,
hacer denuesto á un hidalgo
que es tenido en más que vos.
Ni son honradas hazañas,
que hombres de vuestro valor
hieran en el rostro á un viejo
y no el pecho á un infanzon.

Mirárais que era mi padre
de Lain Calvo sucesor,
y que no sufre mancillas
aquel que honrado nació.

Pero, ¿cómo os atrevisteis
á un hombre que sólo Dios,
siendo yo su sangre puede
hacer esto, que otro no?...
Su noble frente nublásteis
con nube de deshonor;

mas yo desharé la niebla,
que es mi fuerza la del sol.
Mala hazaña hicisteis, conde;

yo vos reto por felon,
y cuidad, cuando os lo digo,
si me causareis pavor.

- GOMEZ.** Si al denostarme sañudo
no os acudiese razon,
ántes que tal me dijera,
ahogára yo vuestra voz.
Mas, pues la razón os sobra,
y su invencible rigor
me obliga á escuchar palabras...
¡que nadie decirme osó!
y pues clara ver se deja,
Rodrigo, vuestra intencion,
escuchadme, que escuchar
nunca á prudentes dañó.
- RODRIGO.** Decid, pero breve sea,
que me aqueja el torcedor
de mirar vivo ante mí
á aquel que mi honra mató.
- GOMEZ.** Pensad, Rodrigo, despacio
de este duelo en el horror;
mi muerte mata á Gimena.
- RODRIGO.** ¡Conde!... Gimena murió,
y es acordarse de muertos
ociosa supersticion:
para mí la habeis matado
matando, alevé, mi honor:
en paz los muertos dejemos
y venid á morir vos.
- GOMEZ.** Si os basta con que proclame
ante Castilla y Leon,
ante el Rey y sus vasallos,
que en un momento de error...
- RODRIGO.** Si vos tal infamia hiciérais,
que no la hareis, conde, no.
yo á Gimena despreciara,
yo os despreciara á los dos:
á Gimena, por ser hija
de quien tal hizo y habló;
y á vos, porque aquel que añade
á un borron otro borron,
es mas vil que el vil judío
que á Jesucristo vendió.
En casos que al honor tocan
no hay otra satisfaccion
que pagar honra con vida...
venid á pagarme vos.

GOMEZ.

Pues no hay nada que lo evite,
por emplazado me doy,
mañana...

RODRIGO.

Muy largo plazo
pedís, conde, á mi furor.

Ahora, que noche oscura
cielo y campos enlutó,
del luto de torpe infamia
quiero librar mi blason.

Afuera en el campo aguardo.

GOMEZ.

Esperad: ¿Dieguez?

ESCENA IX.

DON GOMEZ. — RODRIGO. — DIEGUEZ por la puerta
del fondo.

DIEGUEZ.

¡Señor!

GOMEZ.

A este hidalgo y á su gente
lleva al sitio donde alzó
mi piedad la cruz del bosque.

RODRIGO.

Me place vuestra eleccion,
que Dios para aquestos duelos
es el testigo mejor,
y una cruz para el que muere
es arrimo y bendicion.

GOMEZ.

No tardaré.

RODRIGO.

Así lo espero.

Quedad, don Gomez, con Dios.

(Rodrigo y Dieguez salen por el fondo.)

ESCENA X.

DON GOMEZ permanece algunos momentos pensativo.

Acabemos: que esta lucha
me destroza el corazon:
ya dejé mi testamento

en manos del confesor.
 Pero, ¡Gimena! ¡sí!... ¡el Rey!...
 ya le he dado mi perdón,
 que quien va á morir, no debe
 guardar á nadie rencor.
 En esta carta algún día
 verá Gimena mi amor.
 Me obedecerá: es mi hija.
 Partamos. *Ferran!*

¡Díques!

ESCENA XI.

DON GOMEZ. — FERRAN por el fondo.

FERRAN.
 GOMEZ.

Señor.

Estas dos cartas á Búrgos
 lleva matando un caballo,
 y al señor Rey las entrega,

(Le dá los dos pergaminos enrollados y sujetos con una cinta.)

Gomez, Ferran, sin descanso,
 que me importa que el Rey vea
 lo que le escribo.

FERRAN.

Volando

iria, si tal pudiera.

GOMEZ.

Ferran, ¡adios!

¡Díques adiós!

(Le dá la mano.)

FERRAN.

(Tomándola con asombro.)

¡Vuestra mano!

¡Y tiembla, señor!

GOMEZ.

¡Adios!

Véte.

(Váse Ferran por el fondo.)

ESCENA XII.

DON GOMEZ.

Don Gomez, partamos;
 te esperan, y acaso dudan.

¡Y sin verla!... ¡Es necesario!
 ¡El valor me faltaría!
 ¡Me retendrían, acaso
 sus lágrimas! Y no debo
 tardar... ¡Valor!... ¡Concluyamos!
(Se dirige á la puerta del fondo.)
(Saliendo por la derecha.)
 ¡Padre!

GIMENA.

ESCENA XIII.

DON GOMEZ. — GIMENA.

GOMEZ.

GIMENA.

¡Gimena!... ¡Dios mío!

¿A dó vais? ¡Todo lo alcanzo!
 ¡Todo lo sé! ¡Partid, padre;
 no falteis á lo emplazado!

¡mas lidiad, lidiad cual buenot!

¡probad que de vuestro brazo
 nadie ha vencido el esfuerzo!

¡Lidiad bien, lidiad más bravo
 que nunca! ¡yo os lo suplico!

¡yo quiero que volvais salvo!

GOMEZ.

¡Hija!... ¡Tus ojos me espantan!

¡Tiemblast!

GIMENA.

Sí: ¡de sobresalto!

GOMEZ.

¡Por tu amor!

GIMENA.

¡No: por mi padre!

¡Juradme, señor, jurádmelo,
 que hareis cuanto pueda hacer
 vuestro valor sobrehumano!

GOMEZ.

¡Del juicio de Dios depende
 nuestra suertel Yo le acato.

Abrázame... que ya es tiempo,
 y á Dios que te dé su amparo.

GIMENA.

¡Padre!... ¡Mirad que mi alma
 os llevais en vuestros brazos!

GOMEZ.

¡Adios, hija!

GIMENA.

Adios, señor.

(Don Gomez sale por el fondo.)

ESCENA XIV.

GIMENA.

¡Tembloroso, demudado!...
mi buen padre... ¡Va á morir!
¡Va á morir, y yo entretanto
apuraré mi agonía,
entre estos muros rezando!

(Se dirige precipitadamente á la ventana.)

¡Otra vez la oscura noche
al corazon me dá espanto!
¡Otra vez de sus tinieblas
anhelo romper lo opaco,
y mis miradas se pierden
de esas sombras en el caos!
¡Ah! ¡salen!... ¡Señor del cielo
(Arrodillándose junto á la ventana.)
que miras correr mi llanto,
que mi corazon penetras
y le ves desesperado:
salva, Señor, á mi padre,
aunque muramos entrambos:
Rodrigo, por su desdicha,
y yo por mi bien amado!
(Se levanta y mira afuera.)

El rollo pasan; el puente;
en el bosque, relumbrando
un momento, desaparecen
las antorchas: ya han pasado:
ya ni el galope se escucha
de los veloces caballos,
ni se ve mas que tinieblas...
¡Dentro de un momento, acaso!
¡Y yo aquí! ¡No puedo! ¡Elvira!

ESCENA XV.

DOÑA GIMENA.—ELVIRA por la derecha.

ELVIRA. ¡Señoral

GIMENA. ¡Pronto! ¡Mi manto!

¡Escuderos con antorchas!

¡No escuchas lo que te mando?...

(Elvira va á obedecer.)

No vayas, no: se perdiera

el tiempo... ¡Pronto! ¡Salgamos!

ELVIRA.

GIMENA.

¡Pero á dónde y con tal noche?

¡A do me llevan los hados!

(Sale rápidamente por el fondo, Elvira la sigue.)

MUTACION.

Bosque cerrado: breñas: una cruz bizantina y monumental sobre una gradería y alumbrada por una candela puesta en una caldereta de hierro pendiente por una cadena de un pescante unido á la cruz: (esta candela debe estar hecha con una estopa empapada en aceite, de modo que dé una luz mucho mayor que la de un farol comun): la cruz debe estar colocada en medio de la escena en su segundo término: la decoración debe ser sombría y con un fuerte aspecto selvático.

ESCENA XVI.

Rodrigo sobre la gradería apoyado en el reborde de la parte inferior del pedestal de la cruz, y profundamente pensativo: poco despues, descendiendo por la pendiente de las breñas del fondo, el conde D. Gomez de Gormaz, á quien acompaña un escudero con antorcha.

GOMEZ.

(Al escudero.)

Deja en la cruz esa antorcha

y vete.

(El escudero deja la antorcha sujeta entre la juntura de dos piedras de la graderia, al lado opuesto á aquel en que se apoya Rodrigo, y se aleja y desaparece por donde habia venido.)

RODRIGO. Gracias, pues llega
con vos, conde, mi venganza.

GOMEZ. Pronto me veis á ofrecérosla.

RODRIGO. Aunque ya todo lo dije,
algo que decir me queda.

GOMEZ. Yo tambien tengo que hablaros
brevemente.

RODRIGO. Hablad.

GOMEZ. Primera
vuestra razon ha de ser.

RODRIGO. En buen hora: de mi afrenta
al mundo he dado noticia,

y es justo que el mundo sepa,
por la boca de testigos,

cómo mi sangre se venga.

Deseo que nuestro duelo,

conde, mis vasallos vean,

que para el caso conmigo

traje hasta aquí.

GOMEZ. En hora buena

¿Habeis acabado?

RODRIGO. Sí.

Hablad vos.

GOMEZ. Cuanto os rodea,

la cruz en que os apoyais,

la tierra que la sustenta,

esos árboles que oscuros

sus copas al cielo elevan,

y mas allá de este sitio,

en redondo muchas leguas,

todo, don Rodrigo, es mio.

Suponiendo que me venza

vuestro valor, es preciso

que libertad y existencia

os aseguren testigos

que el duelo y la causa sepan.

Conmigo escuderos traje

no más que para que entiendan

que vuestra vida aseguro

mientras esteis en mis tierras.

RODRIGO. El seguro de mi vida
le llevo, conde, en mi diestra,
y en los valientes hidalgos
que mi estandarte rodean.
Mas, pues dáisme, asegurándome,
señal de vuestra nobleza,
los vuestros venir ya pueden.

GOMEZ. Y los vuestros al par vengan.
Y como el tiempo se pasa...

RODRIGO. Teneis razon, conde: sea.

(Rodrigo baja la gradería de la cruz, y se dirige á la derecha: el conde á la izquierda: al llegar á los árboles entrambos tocan sus cornetas.)

ESCENA XVI.

DON GOMEZ.—RODRIGO.

Por la derecha los escuderos de Rodrigo con el estandarte de Vivar, verde con cruz de plata: entran y se quedan agrupados al fondo derecha. Por la izquierda los escuderos del conde, entran tambien con el estandarte de Gormaz, rojo con cruz de oro y se quedan al fondo izquierda.

GOMEZ. Pues vos el primero hablásteis,
don Rodrigo, vuestra lengua
primero diga á esas gentes
aquello que decir quiera.

RODRIGO. Si será: buenos hidalgos:
el hombre que en mi presencia
mirais, es el que á mi padre
osó con villana ofensa:
lo que con él voy á hacer
mirad, y por donde quiera
al contar de mis blasones
la nunca escuchada afrenta,
la venganza al mundo entero
relatad, porque se entienda,
que quien mis blasones mancha,
se abre al mancharlos la huesa.

GOMEZ. ¿Habeis acabado?

RODRIGO. Sí.

GOMEZ. Escuderos: todos sepan
que doy cual noble á este noble
desagravio de una ofensa,
en duelo ante Dios, cual cumple
á quien blasones sustenta.
Si la vida me arrancare,
tal vez porque Dios lo quiera,
que nadie á su vida atente
mientras pisare mis tierras:
mi palabra le asegura,
mi voluntad os lo ordena:
y el que á lo que mando faltel...
¡maldito, amen, de Dios sea!

(Desnudando la espada y tomando su escudo de
manos del jefe de sus escuderos, y abrazándolo.)

Concluyamos.

RODRIGO. ¡Concluyamos!

(Desnudando su espada y tomando de un escudero
su escudo y abrazándolo.—Combaten durante algun
tiempo con gran esfuerzo.)

GOMEZ. ¡Ay de mí!

(Dá algunos pasos vacilante, y cae en las gradas de
la cruz: su espada queda en el suelo á su lado.)

RODRIGO. ¡Mi honra se eleva
de nuevo á los cielos pura!

GOMEZ. ¡Rodrigo!

(En el momento en que los escuderos de Gormaz se
precipitan hacia la cruz, los unos para socorrer á su
señor, y los otros para impedir que se apodere de la
espada del conde: y mientras los escuderos de Vivar
acuden también á la cruz, quedando ambos estandar-
tes á los lados de ella.)

RODRIGO. ¡Todos se tengan,
que con su muerte han finado
mis ódios y mis ofensas!
Pero la espada del conde
es de mi triunfo presea,
y mire cómo lo evita
aquel que evitarlo quiera.

GOMEZ. Teneis razon, don Rodrigo;
tomad mi espada, y que vea
don Diego en su limpio acero,
limpia su faz de vergüenza.

RODRIGO. (Tomando la espada del suelo.)

Yo guardaré vuestra espada,
señor, que invencible era,
para morir desdichado
en el combate con ella.

(La da á uno de sus escuderos.)

GOMEZ. Rodrigo, escuchad por Dios,
que la sangre se me lleva
la vida. ¡Escuchadme, hijo!

RODRIGO. ¡Ay! ¡Ojalá verdad fuera!
*(Arrodillándose junto á don Gomez, y cogién-
dole las manos.)*

GOMEZ. ¿Llorais?

RODRIGO. Por Gimena lloro.

GOMEZ. ¡Amparad á mi Gimena,
que habeis dejado, matándome,
en el mundo sola y huérfana!

RODRIGO. ¡Infeliz, mientras yo viva,
del que á Gimena se atreva!

GOMEZ. Pues que sois su solo amparo,
Rodrigo, vivid por ella...
Decidla... mi voz se ahoga...

mis tristes ojos se ciegan...
Dios os bendiga... ¡Hijo mio! *(Muere.)*

RODRIGO. ¡De rodillas! ¡Las enseñas
rendid!

*(Todos se arrodillan: los escuderos que tienen los
estandartes los bajan.)*

¡Orad por su alma!

ESCENA XVIII.

RODRIGO. — DON GOMEZ. — ESCUDEROS. — GIMENA Y
ELVIRA acompañadas de cuatro escuderos con antorchas por
el fondo, y ántes de aparecer, dice:

GIMENA. ¡Padre! ¡Rodrigo!

RODRIGO. ¡Gimena!

¡Gran Dios!

*(Gimena bajando precipitadamente por el fondo, y
entrando en la escena, y deteniéndose horrorizada al
ver los escuderos postrados.)*

GIMENA. ¿Por quién de rodillas,
por quién esas gentes rezan?

(Rodrigo se pone de pié horrorizado dejándose ver de Gimena, que ve al mismo tiempo á su padre tendido al pié de la cruz.)

¡Padre!...

(Arrojándose sobre el cadáver, y levantándose después de algunos momentos, se dirige irritada á los escuderos de Gormaz.)

¡Cobardes esclavos!

que veis como viles hembras,

muerto al señor que os mantuvo:

¡Alzad, infame ralea,

y al traidor que me le mata

haced que la tierra muerda!

DIEGUEZ.

Señora, tiene seguro

del conde: su honor nos veda

castigar al homicida.

GIMENA.

Pues le ampara la nobleza

de mi padre, libre vaya;

(A Rodrigo.)

pero al salir de mis tierras,

te seguirá mi venganza,

terrible, implacable, eterna.

RODRIGO.

¡Ay de mí, desventurado!

GIMENA.

¡Si muerte me dá la pena,

y acabado mi linage

quien te castigue no queda,

quiera Dios, fiero homicida,

que cases con mala hembra,

y que si tuvieses hijas,

villanos las escarnezan!

¡quiera Dios que al rey maldito

que en su favor te mantenga,

le dé muerte mal venablo,

tirado por mano fiera!

¡que cruda lanza de moro

tus torpes dias fenezca;

y tu vil alma traidora

lleve Luzbel, cuando mueras!

¡Huye! ¡Vete!... ¡Padre mío!

(Se arroja llorando sobre su padre.)

RODRIGO.

¡Yo maldecido por ella!...

¡Escuderos de Vivar!

¡A morir en la frontera!

(Váse por la derecha: sus escuderos le siguen.)

ACTO TERCERO.

Vestíbulo del palacio de los Condes de Castilla, en Búrgos: arquitectura bizantina muy primitiva: á la derecha del actor una gran puerta con hojas para fuera; á la derecha, y en primer término la silla real sobre cuatro gradas; en segundo término de izquierda á derecha, tres robustos arcos bizantinos, sobre cuyas cuatro pilastras, se ven cuatro estatuas de condes soberanos: al fondo muro ornamentado y en su centro puerta con hojas para fuera; el techo de madera con labor árabe bizantina de su color natural con fondo y filetes dorados, al alzarse el telon está cerrada la gran puerta del foro.

ESCENA PRIMERA.

YAGO.—UN ESCUDERO.

YAGO.

En los puestos de costumbre colocad los ballesteros; cuando el Rey baje á la audiencia dejad paso franco al pueblo; cuidad de que no haya ruidos ni tumulto. Idos.

ESCENA II.

YAGO solo.

No tengo
ni de un solo querrelloso
el nombre en apuntamiento;

señal de que los merinos
rigen en justicia el reino.

(Se oye fuera rumor de plebe.)

Mas en la plaza se agita
la muchedumbre: á lo léjos
un noble estandarte ondea
de un bravo escuadron en medio.

(Suena una marcha guerrera.)

¡Y esa marcha!... ¡Sí, es el Cid!...

¡Llegan!... ¡desmontan!... adentro

un ginete se encamina.

Ya está aquí.

ESCENA III.

YAGO.—GARCES.

GARCES.

Gracias al cielo

que he llegado.

YAGO.

¡Ah! buen Garcés

¿de dó venís?

GARCES.

Del infierno;

porque andar entre los moros
con mi señor, es lo mismo.

YAGO.

¿Don Rodrigo de Vivar
viene á Búrgos?

GARCES.

Le precedo

con su estandarte. Llamóle
el Rey y no hubo remedio,
acude: ¡Mas cómo acude!
Vencedor de cinco reinos.

YAGO.

Es don Rodrigo muy bravo.

GARCES.

Es el Cid muy caballero:
sin que el Rey le dé un soldado
y sin que le pague un sueldo,
lo que conquista á los moros
entrega al Rey como bueno,
y eso que viene irritado
mi señor de su destierro

YAGO.

Don Rodrigo obrando así
es digno de sus abuelos.

GARCES. Digno, sí: ¿pero qué dice el Rey don Sancho de aquesto?

YAGO. Ama el Rey á don Rodrigo, y le tiene en tal aprecio, que por él rompe sus leyes y desatiende los ruegos de doña Gimena Gomez, que llorando al padre muerto sin cesar pide justicia.

GARCES. Fuera su padre más cuerdo, más hidalgo y más mirado en ofender á los viejos, y don Rodrigo sería más feliz. Dejemos eso, que cada vez que del lance y de la injuria me acuerdo, y de los dos años largos del afanoso destierro, se me sube á la cabeza la sangre, y el juicio pierdo. En Vivar, solo, afrentado, murió loco el pobre viejo; don Rodrigo sus amores y su padre llora á un tiempo; llidia por Castilla, y gime por su Gimena en silencio, y para él no hay sol claro, ni un día amanece bueno: desesperado batalla; y ¡Dios me perdone! creo que va buscando la muerte: cuando lucha en lo mas recio del combate, Dios le guarda, y nunca el alarbe acero su vida en peligro pone.

YAGO. Ampara Dios á los buenos.

GARCES. Premie Dios del noble Cid la constancia y el esfuerzo.

YAGO. A propósito: explicadme por qué dan tal tratamiento los moros á don Rodrigo.

GARCES. En lengua mora es lo mismo: Cid, que señor en la nuestra es título de respeto.

que los moros á sus reyes
dan: y encontraron tan fiero
á don Rodrigo en la lid
y le han cobrado tal miedo,
que Cid Rodrigo le llaman
y huyen de él con solo verlo.

YAGO.

GARCES.

YAGO.

GARCES.

Gran prez ha ganado el Cid.
Es de bravos su abolengo
y no desmiente la casta.

Tiene el Rey ánsia por verlo.

Decid á su señoría,
el Rey, que vendrá muy presto,
hoy mismo, el Cid mi señor;
y que en su nombre le ruego
dé audiencia á un alcaide moro,
que viene á rendirle pleito
homenaje, por los cinco reyes
que vencidos fueron
por el Cid en Belforado.

YAGO.

GARCES.

¿Cómo fué el lance?

¡Soberbio!

Ya sabeis conde don Yago,
que entraron há poco tiempo
por nuestras fronteras, moros,
dejando atrás el incendio,
el degüello, y el estrago,
la deshonra y el saqueo.
Supo el Cid el duro caso,
y apenas llegó á saberlo
nos dijo: — «Vamos hidalgos
de esa canalla al entierro.»
¡A cabalgad!» — Cabalgamos
— «¡A escape!» — Espuelas metémos...

y hénos aquí en Belforado
y delante al agareno.
Trescientos éramos todos,
y los paganos espesos
como las mieses, cubrian
el campo en alarde horrendo.
No hay para qué relataros
cosas que allí sucedieron;
porque donde el Cid batalla
cada lanza vale un reino:
basta solo con decirlos

que fué un *santiamen* aquello,
y que la sangre corria
como cuando llueve recio.

Los cautivos rescatamos,
y el botin quedó por nuestro,
y de cinco reyes moros
que á la batalla asistieron,
el noble Cid vió á sus plantas
postrado el poder soberbio.

¡Noble Cid!

YAGO.

GARCÉS.

¡Pues si le vierais
en el combatel... yo tiemblo
cuando dice:— ¡Garcés, vamos
con el estandarte adentro!...

Donde más recio el tumulto,
donde más patente el riesgo,

allá se va como un rayo,

ardientes los ojos fieros,

dientes y puños cerrados,

y pálido como un muerto:

espanto causa mirarle,

torvo, embravecido, trémulo

de corage, entre los moros

su caballo revolviendo:

es cosa de no acabar...

yo tengo prisa y lo dejo.

Como os dije, conde Yago,

en nombre del Cid yo vengo

á anunciár que pronto llega,

y tan solo le precedo

para entregar á don Sancho

ese alcaide sarraceno.

Con que prevenid al Rey

mientras yo voy por el preso.

Pero don Rodrigo...

YAGO.

GARCÉS.

Acasó

en aqueste punto mesmo

ve ya los muros de Búrgos.

Adios, don Yago.

YAGO.

Hasta luego.

ESCENA IV.

YAGO.

Brava gente es la del Cid,
criada con grande ejemplo
de valor y de heroísmo:
nunca pasa de trescientos
su hueste, y brava destroza
del moro audaz los ejércitos;
con cinco reyes vencidos,
se nos viene el buen mancebo,
¡y doña Gimena pide
su cabeza!... ¡Vive el cielo!
que le tome por marido,
y nos quedamos contentos
ellos, el Rey y Castilla...
Pero alguien llega: en sus velos
envueltas vienen dos damas:
(*Mirando por la derecha.*)
comitiva de escuderos
y dueñas las acompañan.

ESCENA V.

YAGO.—GIMENA Y ELVIRA que entran.—Algunos ESCUDEROS y algunas DUEÑAS se quedan á la puerta derecha.

GIMENA. Conde Yago, pues os veo
á la entrada de palacio
al llegar yo, daros quiero
para el señor Rey don Sancho
un mensage.

YAGO. Siendo vuestro,
hermosa doña Gimena,
ha de causarle contento.

GIMENA. Esperar quiero en su cámara

á que baje el Rey, pues vengo
á demandarle justicia.
¡Contra el Cid!

YAGO.
GIMENA.

Contra el soberbio
que mató á mi padre y vive
mi dolor escarneciendo.
Al entrar en el palacio
he visto sus escuderos
y su insolente estandarte
desplegado audaz al viento;
mientras el noble estandarte
de Gormaz, de mis abuelos,
abandonado se empolva
entre el luto y el silencio.

YAGO.
GIMENA.

Con el de Vivar unídele.
No os he pedido consejo.
Si el Cid os paga por darlo,
no recibais su dinero;
y si lo haceis de oficioso,
no me insulteis, porque creo
que puedo bien castigaros.

YAGO.
GIMENA.

¡Perdonad!
Id al momento
y decid al Rey don Sancho
que aquí impaciente le espero.
(Yago sale por la puerta del fondo.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS MENOS YAGO.

GIMENA.

¡Ay! ¡Elvira! ¡Elvira mia!
No sé lo que por mí pasa!
En otro tiempo la casa
del Rey miró mi alegría,
me vió con padre y amor;
y hoy sin padre y sin amores
gimiendo de mis dolores
el inaudito rigor.
No sé como puede ser
sufrir tanto y no morir,

ELVIRA.

y con tan crudo sufrir le pierdo el
aliento y fuerzas tener. Hoy, señora, me da espanto
el veros: mejor quisiera

GIMENA.

que largo y triste corriera
de vuestros ojos el llanto,
que ver vuestra faz sombría
y vuestro mirar insano.
¡Ay! que mi dolor tirano
ya es locura, Elvira mia.
Mas áunque sepa morir,
venganza á mi padre dando,
aunque vivo agonizando...
mi deber he de cumplir.

A mis piés le he de mirar
bañado en su sangre, yerto,
como ví á mi padre muerto,
cual le miro sin cesar
junto aquella cruz tendido
sin voz, sin aliento, helado,
á mi amor arrebatado,
á mi esperanza perdido.
Le he de ver sin compasion
de la ley sufriendo el yugo,
humillar ante el verdugo
su tirana condicion.

Y si contra mi tirano
el Rey justicia me niega,
si á tal mi desdicha llega,
le mataré por mi mano.
Y al herirle, el corazon
os rompereis.

ELVIRA.

GIMENA.

No.

ELVIRA.

¡Le amais!

GIMENA.

No.

ELVIRA.

Sin consuelo llorais.

GIMENA.

¡De despecho!

ELVIRA.

¡De pasión!

GIMENA.

Pues bien: que el golpe de muerte
á los dos al par nos hiera.

ESCENA VII.

DICHAS.—YAGO por la puerta del fondo.

YAGO.
GIMENA.

El señor Rey.
(A Elvira.) Vete fuera.

(Elvira sale por la derecha.—Los escuderos y las dueñas se van con Elvira.—Yago despues de anunciar al Rey se retira.—El Rey apareciendo por la puerta del fondo adelanta lentamente hácia Gimena.)

ESCENA VIII.

GIMENA.—EL REY.

GIMENA.

(¡Valor enemiga suertel)
Dirigiéndose al Rey y arrojándose á sus piés.)

REY.

¡Noble señor de Castilla!
¡Invencible Rey don Sanchol
(*Impidiendo que se arrodille.*)

Alza mi doña Gimena;
porque al entrar en palacio
reina vos de la hermosura
es el Rey vuestro vasallo.

GIMENA.

Ved, señor, que lutos llevo,
dejad lisonjas á un lado
y como rey justiciero
escuchad lo que os demando.

REY.

¡Siempre contra el Cid airada,
contra mi buen castellano!

GIMENA.

¡Contra el matador que impune
de mis dolores burlando
honras gana, entre los moros
blandamente desterradol

REY.

Las honras que logra el Cid,
las conquista por su mano.

GIMENA.

¡Pero es homicida!

REY.

Fué

GIMENA.

en venganza de un agravio.
Si mi padre agravió al suyo,
él, á mi padre matando,
agravióme, y aún justicia
contra el matador aguardo.
Tambien su padre murió.
¡Era ya viejo!

REY.

GIMENA.

REY.

Y honrado,

y le mató la vergüenza:

loco el infeliz, llorando

su afrenta, cayó en la tumba

cual viejo roble tronchado.

GIMENA.

Pues nuestros padres murieron,
muramos los dos, muramos,
él pagando su delito,
yo mi desdicha pagando.
Siempre que pedis su vida
la pedís bañada en llanto.
¡Le amais!

REY.

GIMENA.

De mi amor maldito,

la voz infanda combato

y triunfo; vos lo sabeis:

sin cesar desde há dos años

á los piés de vuestra silla

por el muerto padre clamo:

REY.

Siempre os he dicho lo mismo:

el Cid cumplió como honrado

dando muerte á vuestro padre

que manchó su honor.

GIMENA.

¿Y cuándo

os demandó la licencia?

¿dó fué el palenque cerrado?

¿dónde las leyes del duelo?

¿dónde los jueces del campo?

Escuderos solamente

aquel lance presenciaron.

¿Quién sabe si traicion hubo?

¿Quién sabe si torpe amaño?

homicidio fué, no triunfo:

las leyes me dan su amparo

y el fuero del homicidio

otra vez, señor, demandó

contra don Rodrigo, y vos

obrareis como reclamo,
que no debe de sêr rey
bien temido y bien amado,
quien ofende á la justicia
y alienta los desacatos:

y más, señor, no alterquemos;

escuchadme y concluyamos;

si vos no me haceis justicia

yo me la haré por mi mano,

daráme el despecho fuerza

y Dios me dará su amparo.

REY.

Pues él mató á vuestro padre

sin mi licencia, sin campo,

sin jueces que el duelo vieran,

yo le pondré en vuestras manos

á solas, dó solo Dios

sea testigo.

GIMENA.

¡Entregádmelo!

¡Sí! ¡entregadme el homicida
y despues!...

REY.

Hoy á palacio

llegará el Cid: sereis vos

su juez: mas antes declaro

que si vos no le matais

yo, Gimena, no le mato.

GIMENA.

Mi dolor y mi deber

fuerzas me darán.

REY.

En tanto

á la cámara venid

de mi hermana; aconsejaos

de doña Elvira, que os ama;

y pues estais á mi lado

dejad que os vaya sirviendo.

GIMENA.

¡Ah! ¡señor!

REY.

¡Ola! Entretanto

(A Yago que aparece en el fondo.)

que yo vuelvo, y porque es tarde

la audiencia abrid, conde Yago.

(Váse por el fondo, llevando de la mano á
Gimena)

ESCENA IX.

YAGO.

YAGO. *(Yendo á la puerta de la derecha.)*
¡La audiencia del señor Rey!

ESCENA X.

YAGO, CABALLEROS Y NOBLES por la puerta de la derecha.—
Después GARCES, luego HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO.

YAGO. Muy bien venidos, hidalgos,
su audiencia os da el señor Rey,
y ya veis con que aparato;
y todo en honra del Cid.

GARCES. Es el Cid tan buen vasallo
que bien merece tal honra.
(Un heraldo aparece por la izquierda del fondo.)

HERALDO. Señores, el Rey don Sancho.

ESCENA XI.

DICHOS. — EL REY. — DOS REYES DE ARMAS aparecen por la
puerta del fondo y van á colocarse á los pies del trono.—El Rey
detrás que sube al trono.—Cortésanos que se colocan á la dere-
cha del trono: cubriendo el fondo, armados con lanzas y escudos,
hombres de armas del Rey.

REY. Pues en trono de justicia
estamos y nuestro pueblo
nos escucha, abrid la audiencia,
conde Yago.

YAGO. Un escudero,

alférez del Cid, demanda
 en nombre del Cid su dueño
 que á un alcaide de rey moro
 que trae desde el campo, preso,
 de Belforado, rendido
 recibais á los piés vuestros.

Además, que don Rodrigo
 dice llegará muy presto.

REY. En audiencia ante mi trono
 llegue el noble mensagero
 de nuestro vasallo el Cid.

YAGO. *(Volviéndose á la puerta de la derecha en la cual está Garcés.)*

GARCÉS. Garcés, hidalgo, escudero
 y alférez del Cid: entrad
(Adelintase y se arrodilla ante el Rey.)

Noble señor! ¡Rey preclaro!
 permitid que á vuestras plantas
 se postre humilde un vasallo
 del vasallo más valiente

REY. que á rey ha besado mano.
 Bien venido el mensagero
 del Cid, de mi bien amado:
 alzá y vuestro mensaje
 decidnos.

GARCÉS. En Belforado
 hemos vencido.

REY. Lo sé
 por un extenso relato
 escrito por D. Rodrigo.

GARCÉS. Pues ya conocéis el caso,
 solo me resta deciros
 que en el pórtico esperando
 se queda un alcaide infiel,
 que viene á vos enviado
 por los cinco reyes moros
 de Zaragoza y Barbastro,
 Huesca, Albarracin y Jaca,
 de Castilla tributarios:

del Cid, don Rodrigo Díaz
 ya se confiesan vasallos,
 y siéndolo vuestro el Cid,
 lo son ellos por lo tanto.

REY. Decis bien! que entre ese moro.

GARCÉS. (*Yendo á la puerta de la derecha.*)
El Rey te llama, pagano.

ESCENA XII.

DICHOS. —Dos escuderos del Cid, con lanzas y escudos, adelantando y quedan dentro de la escena, á ambos lados de la puerta derecha.—Dos pajes moros, cada uno con una gran bandeja, una con cinco coronas de oro, en la otra cinco espadas.—Detrás de los pajes un alcaide moro, armado, con chilava y alquicel blanco; detrás, como en su guarda, cuatro escuderos del Cid: por último otro escudero, con el estandarte del Cid, aparece y se queda ante los dos escuderos que están á ambos lados de la puerta de la derecha.—Los pajes llegan con las bandejas hasta las gradas del trono: el alcaide se arrodilla un poco más atrás: los cuatro escuderos del Cid, con las lanzas sobre el hombro, un poco más allá del alcaide.—Garcés cerca y á la derecha del trono.

GARCÉS. (*A los pajes.*)
A los piés del monarca de Castilla
dejad esas coronas deshonradas:
dejad esos aceros que vencidos
fueron, con honra en la campal batalla.
¡Idos!
(*Los pajes moros se retiran.*)

Y tú, si tu vergüenza puede,
alcaide moro, por tus reyes habla.
ALCAIDE. Poderoso sultan, Emir preclaro,
adalid vencedor, feliz monarca,
de la cristiana gente protegida
por el terrible Dios de las batallas,
salud, mi labio á tu grandeza envia;
á tus reinos salud; gloria á tus armas.
REY. Alza, alcaide, te escucha un Rey cristiano,
no un terrible señor; tranquilo habla.

ALCAIDE. (*Lerantándose.*)
Lo quiso Dios, su voluntad suprema
el humano poder nunca contrasta,
mas ve que sangre esmalta esas coronas,
que están tintas en sangre esas espadas.
Que el triunfo disputamos como buenos

en lid tenaz, y formidable, y brava.

¿Mas qué lid hay posible, qué defensa
donde el Cid Campeador fiero batalla?

Dichoso el reino do nació tal héroe!

Dichoso el rey que su homenaje alcanza!

REY. Tanto os asombra el Cid!

ALCAIDE. En negro día salió contra nosotros á campaña;

menguante debió estar la opaca luna;

nublado el sol entre sangrientas ráfagas.

Desde que el Cid entre nosotros vino

siempre en las lides su estandarte gana,

siempre la sangre nuestros campos riega,

siempre el incendio asolador devasta

la villa inerme y el castillo altivo;

y en la fuerte ciudad apertillada

cunde el terror al nombre solamente

de ese rayo de Dios, que Cid se llama;

mancebo imberbe cuando fué á buscarnos,

entre nosotros le creció la barba.

Él es nuestro señor: en Belforado

fué su reciente y envidiable hazaña.

Allí venció del Rey de Zaragoza

Al-Mudafar la sin igual pujanza.

El Rey de Albarracin fué allí vencido,

y también el de Huesca y el de Jaca

y el de Barbastro, que hasta tí me envían

á poner sus coronas á tus plantas.

Así lo quiso el Cid: por su heroismo

son de tí, sus coronas tributarias;

yo por ellos, señor, pleito homenaje

humilde rindo á tu grandeza y parias,

de nuestra tierra cobrarás tributo,

irán tras tu estandarte nuestras lanzas,

y poblarán tu harem nuestras doncellas

que en tus ojos, señor, hallaren gracia.

REY. Los tiempos del infame Mauregato

pasaron para dicha de la España,

queden, alcaide, allá vuestras doncellas

del torpe harem cautivas solitarias,

que basta una mujer al castellano,

como le basta un Dios y un sol le basta.

Vete: á tus reyes dí, que el Rey don Sancho

acepta su homenaje y su alianza;

y su amigo será, mientras leales

merezcan su amistad.

(Un rumor fuera como de mucho pueblo reunido.—
Inmediatamente marcha de trompas y atabales.)

¡Mas qué algazará!...

¡Esas trompas!...

ALCAIDE.

El Cid! ¡Si, las conozco!

Esas sus trompas son: cuando levantan

su terrible clamor en la pelea,

el guerrero añafl cobarde calla,

y en nuestras filas el terror difunde

la voz de ese metal que el viento rasga.

¡Sí; sus trompas: él es el Cid Rui-Díaz.

VOCES DENT. ¡Viva el Cid!

OTRAS.

¡Viva el Cid!

OTRA.

¡Afuera! ¡plaza!

(En este momento dejan de sonar las trompas que desde que se oyeron han ido aproximándose hasta oírse á la puerta misma del palacio.— Un oficial anuncia en alta voz desde la puerta.)

OFICIAL.

El Cid don Rodrigo Díaz de Vivar.

ESCENA XIII.

DICHOS.—DON RODRIGO por la puerta derecha.

ALCAIDE.

(Yendo hácia Rodrigo, luego que aparece en la puerta de la derecha, y doblando la rodilla.)

¡Señor!

RODRIGO.

Levanta.

No hay más señores que dos

para el que en su fe no yerra,

Dios en el cielo: en la tierra

el Rey, imágen de Dios.

Vete, y pues lidiar supiste

en el campo como bravo,

no te quiero por esclavo,

aunque mi cautivo fuiste.

Vete; pero sabe á fe,

que si me buscáis batalla,

no he de dejaros muralla

ni torre puesta de pié.

(El alcaide, el estandarte y los escuderos del Cid, salen por la puerta derecha.)

ESCENA XIV.

DICHOS, menos el alcaide y escuderos del Cid.

RODRIGO. *(Dirigiéndose al trono de donde baja el Rey para salir al encuentro de Rodrigo.)*
¡Señor excelso!

REY. Hoy los lazos
de mi amistad anudais:

¡alzad! ¡alzad! ¿no mirais
que os tengo abiertos los brazos?

RODRIGO. Tanto me quereis honrar
con tal exceso, á mi ver,
que me obligais á temer
que alguien me llegue á envidiar.

REY. El que cual vos fuerte lidia,
es querido, no envidiado,
y además, sois tan soldado,
que dais pavor á la envidia.

RODRIGO. Dar envidia no quisiera
porque... ó mucho me engañé,
ó la envidia siempre fué,
de calumnias compañera.

REY. ¿Y quién osara?

RODRIGO. ¡Es verdad!

REY. Triste venís.

RODRIGO. ¡Sí, á fé mía!

tal es mi desdicha impía,
tan grande mi soledad,
que todo me causa enojos;
mientras de aquí estuve ausente
murió mi padre doliente
y no le cerré los ojos.

Me llamásteis, y al pasar
corriendo por el camino,
miré en el confin vecino
alzarse triste á Vivar.

Y aunque diz que tengo fuerte
el corazon y harto duro,
al ver mi casa, os lo juro...

REY.

he sentido ánsias de muerte.

¡Ah! caballeros... salid,
salid todos: ya acabó
mi audiencia.

(Los reyes de armas, Yago, los guardias y cortesanos, salen por la puerta del fondo.—Los caballeros y el pueblo por la derecha.—Rodrigo se inclina para retirarse y el Rey le detiene.)

¡Pero vos not
¡Quedaos, mi noble Cid!

ESCENA XV.

REY.—RODRIGO.

REY.

Con vos ansiaba quedar
á solas.

RODRIGO.

Yo con el Rey.

REY.

Hablemos á buena ley.

RODRIGO.

Harto claro os he de hablar.

O mucho me engaño, ó vos
estais contra mi irritado.Me mandasteis desterrado
un año y me estuve dos.

Os punzó lo de Vivar

cuando de vos me parti

soberbio, y á retar fui

á quien me llegó á injuriar;

y vos por ello enojado,

me escribisteis en un pliego:

«salid de mis reinos, luego,

por un año desterrado.»

Obedeceros ley fué

y como ley la cumplí:

por un año obedeci,

por otro me desterré;

pero miento á mi pesar,

siempre estuve en vuestra tierra,

porque os gané en buena guerra

la que he llegado á pisar.

Por necesidad batallo

y una vez puesto en la silla,
se va ensanchando Castilla
delante de mi caballo.
Y es que, aunque os llegué á enojar,
aunque me apartéis de vos,
no quiere en sus juicios Dios
que me podáis deterrar.
¡Soberbio hablais!

REY.

RODRIGO.

Pero á ley,
como hidalgo y como honrado,
que no siempre el enojado
ha de ser, señor, el Rey.

REY.

Desenojaros espero,
podeis hablarme, seguro
que aún contra mí, yo os lo juro,
me habeis de hallar justiciero.

RODRIGO.

Que así os mostreis es razon,
que el rey, señor, también yerra:

á un hombre se le destierra
por rebelde, por felón;

pero al hombre que injuriado
venga su honor como puede,

á un tal hombre se concede
más aprecio por honrado.

Me desterrásteis de aquí
airado, y ¿qué sucedió?

Que la calumnia cebó
su diente voraz en mí,

y con mi ausencia, segura
de pena la alevosía,

lanzó contra la honra mía
la traicion y la impostura.

¡Que si á don Gomez maté
malamente! ¡que si huí!

¡que si al moro combatí,
hipócrita de la fé!

¡que por torpe vanidad,
ganadas daba á Castilla

cada semana una villa
cada mes una ciudad!

¡que procuraba malvado
ganar, renombre de fiero

y venir mal caballero,
contra mi Rey revelado!

REY. ¡Vive Dios! ¿quién tal dijera
que el Rey no le castigara?

RODRIGO. Guarda la traicion la cara
por cobarde y por artera.

Hiere la calumnia vil,
sin saberse de dó viene,
cual aire impuro que tiene
en sí veneno sutil.

Y á todo ha dado ocasion,
señor, vuestro enojo ciego:
decid, decid, yo os lo ruego,
del destierro la razon:

que fué..... porque os plugo así,
no por delito villano:

que maté al conde Lozano.....
¡porque matarle debí!

que por la soberbia mia
me desterrásteis severo,

que pequé por altanero,
mas no por alevosía.

Y decidlo hasta dejar
mi fama como el sol pura:

sino..... con mi desventura
yo me vuelvo á desterrar.

REY. Me pedís razon cumplida
y cumplida os la daré:

clemente el destierro fué
porque fuisteis homicida.

RODRIGO. ¡Yo homicidal

REY. ¡Sí, por Dios!

RODRIGO. ¡Maté á don Gomez en duelo!

REY. ¡Sin jueces!

RODRIGO. ¡El Dios del cielo

fué allí juez entre los dos!

REY. Pero hay leyes en la tierra

á las que ofendido habeis:

sin saberlo, me teneis

metido en tan dura guerra,

que por vos en vano lidio:

Gimena con teson fiero,

contra vos me pide el fuero

que llaman del homicidio:

y manda esa ley.

RODRIGO. Lo sé.

REY.

«El que á padre de doncella
 matare, ó hermano de ella
 bajo cuyo amparo esté;
 pues huérfana la dejó,
 case con ella y la ampare,
 y si ella no lo otorgare
 que muera como mató.»
 ¡Tal ley no me alcanza á mí!
 Con Gimena pleitead
 Rodrigo, con Dios quedad
 pero no salgais de aquí.
(Sale el Rey por la puerta del fondo.)

RODRIGO.

REY.

ESCENA XVI.

RODRIGO.

No hay desventura en el mundo
 que con la mia se iguale:
 ¿Para qué me llama el rey?
 No fuera mejor dejarme
 allá del moro en la tierra
 de donde jamás tornase,
 en donde jamás supiese
 que pide airada mi sangre
 la vengativa Gimena
 por la muerte de su padre?
 ¡El fuero del homicidio
 contra mí pides! ¡pues sacie
 con mi vida el furor suyo
 y que mi martirio acabe!
 Se aleja el rey, y me ordena
 que en esta cámara aguarde:
 ¿Y qué he de aguardar? ¿qué espero?
 Dios y don Sancho lo saben:
 ¡buen descanso me da el Rey
 de mi afanoso viaje,
 que para cumplir más pronto
 sus órdenes, ni un instante
 dejó de batir mi espuela
 de mi corcel los ijares!
 ¡Buen premio alcanzan por cierto

mi amor y mis lealtades!
 ¡Coronas que yo vencí!
 ¡Espadas que en el combate
 yo embolé! ¡Vencidos reyes
 que á mis plantas os postrásteis!
 ¡Burlas de la suerte impías,
 que así miro levantarse
 sobre la hiel de mis penas
 para escarnecer mis males!
 Malditos los lauros sean
 que yo regué con mi sangre,
 y que en mi frente abrasada
 se marchitan al posarse!
 ¡Gloria! ¿sin la paz del alma,
 y ¡in el amor, qué vales?
 Tarda el rey, y la ansiedad
 la fatiga me combaten.
 No sé lo que siento, aspiro
 rojo vapor sofocante:
 mis tristes ojos se nublan;
 ¡siempre esas sombras tenaces
 que espantosas me persiguen!
 ¡su padre y en pól mi padre
 y con ellos mi Gimena!
 ¡Dejadme, espectros, dejadme!
 ¡Yo he cumplido como bueno
 vengando el leve ultraje!
 ¡No he sido yo, fué el destino
 que en mi dolor se complace!
 Siento vacilar mi planta
 cansada; mi frente arde
 y mis miembros entorpecen
 mi fatiga y mis pesares.
 ¡Ni un sitio! altivo trono:
 deja que á tus piés descansen
 quien, porque Dios lo ha querido,
 da á tus dominios ensanche.

*(Se reclina en las gradas del trono entre las
 bandejas en que están las coronas y las espadas.)*

¡Oh, Gimena! ¡oh amor mío!
 ¡Ay! ¡mi noble y triste padre!

*(Queda algún tiempo en silencio apoyada la
 cabeza sobre su brazo izquierdo, y luego se
 duerme.)*

ESCENA XVII.

Un momento despues de haberse dormido Rodrigo, aparecen el
REY Y DOÑA GIMENA por la puerta del fondo.

REY.

Justicia me habeis pedido;
 y atendiendo á vuestro ruego
 Gimena, el Cid os entrego,
 y ved: os le doy dormido.
 Si el fuero del homicidio
 no usareis... por buena suerte,
 no he de mandar yo la muerte
 del héroe que tanto envillio;
 pues que huérfana os dejó
 y en vuestro furor ansioso
 no lo quereis por esposo,
 que muera como maló.
 Tener debiera en su abono
 el amor que en vos desea
 la gloria que le rodea
 y la sombra de mi trono.
 Un plazo debo fijar
 á vuestra venganza impia,
 cuando por mitad del dia
 parta el cuadrante solar,
 á buscaros vendré aquí,
 y si al Cid encuentro vivo,
 no ya al furor vengativo,
 sentenciar me toca á mí.
 Y sabed que mi sentencia
 ha de cumplirse en verdad:
 ahora con él quedad
 con Dios y vuestra conciencia.

(Sale el Rey por la puerta del fondo que se cierra.)

ESCENA XVIII.

GIMENA.—RODRIGO dormido.

GIMENA.

Este suspirado dia
 que tanto anhelé y temí

al fin luce para mí,
para la venganza mía,
La ley me ampara, si á fé:

«El que á padre de doncella
matare, ó á hermano de ella
bajo cuyo amparo esté;
pues huérfana la dejó
case con ella y la ampare,
y si ella no lo otorgare
que muera como mató.»

Segun la ley puedo ser
yo su esposa... Fuera horrible!
¿qué ley es esa terrible
que deja á impura mujer
unirse con alma y vida
al hombre que fué inhumano,
de su padre ó de su hermano
feroz ó alevé homicida?

Horrible por varios modos,
yo no te quiero entender,
porque me puedes perder,
bárbara ley de los godos;
porque aquí, en mi corazón,
de mi venganza á pesar,
siento el fuego palpar
de mi insensata pasión.

Porque... ¡dormido está allí,
puedo segura matarle,
y no me atrevo á mirarle!
que tengo miedo, ay de mí!
¡Miedo del amor malditor,
que vencer pretendo en vano
y cada vez más tirano
me deja escuchar su grito!
¡Miedo de que pueda en mí
más la pasión que el deber,
de que llegue á enloquecer
por lograr lo que perdí!

¡Sueños del alma queridos
por desdicha malogrados!
¡amores desventurados
en mal hora concebidos!
¡Falaz y torpe esperanza
que en mí vives todavía!

deja á la desdicha mía
á solas en mi venganza!

¿Y habré de matarle yo?

el fuero lo manda así.

Dice... barto claro, sí, sí,

que muera como mató!

Quiérole el Rey perdonar,

me le entrega confiado

en que con mi amor luchando

no le podré yo matar...

Un momento de valor

y despues... ¡qué importan!

¡por mi mano muerto sea

de mi padre el matador!

¡Afuera, villano miedo!

¡Afuera, piedad impia!

(Desnuda el puñal, se acerca vacilante á Rodri-

go, le examina un momento y levanta el puñal

para herirle.)

RODRIGO.

(Soñando.)

¡Gimena! Gimena mía!

GIMENA.

(Retrocediendo y dejando caer el puñal.)

¡No puedo, padre, no puedo!

RODRIGO.

(Despertando.)

¡Ah! de mi sueño á través,

escuché su voz amada:

(Incorporándose.)

¡una mujer enlutada

(Viéndola.)

y un puñal ante mis piés!

(Recoge el puñal y se dirige á Gimena y la

reconoce.)

GIMENA.

¡Gimena! ¡aun debo soñar!

¡Aparta, aparta, homicida!

(Rechazándole.)

RODRIGO.

Has venido por mi vida

y la debiste tomar.

Gozaba en bella ilusión

de paz y amores contigo

tu desdichado Rodrigo

un sueño de bendición

¿por qué no me hiriste, di?

¿fuera mi acabar dichoso

que muriera, dueño hermoso,

amante pensando en tí
Agora fuera inhumano
herirme, terrible fuera
¡léjos de mí el arma fiera!
que arrojó tu amante mano!

GIMENA.

¡Amante... no! ¡horrorizada!
¡no nací para matar!

RODRIGO.

Has nacido para amar,
para mi amor destinada

GIMENA.

¡No!

RODRIGO.

Te vende el corazón
tu acento. No, no es aquel

que en un instante cruel
me lanzó su maldición.

GIMENA.

El tiempo arrastra consigo
de los dolores lo agudó,

mas ni vacilo ni dudó:
¿cómo entonces te maldigo!

RODRIGO.

No, Gimena, no mi amor
hoy al maldecirme lloras,

y en aquellas tristes horas
tu acento me daba horror.

Hoy como yo, tu enloqueces;
cual yo batallo batallas,

quieres acusarme y callas
y dudas, y te extremece:

y es forzoso, porque Dios
al lanzarnos a la vida,

nos dió, Gimena querida,
un alma para los dos.

Y en vano fué que el destino
partirla crudo intentara:

en vano fué que arrojara
horror en nuestro camino;

y en vano fué la inclemente
horrible desdicha impía:

tu alma siente el alma mía
cual la tuya mi alma siente.

Oye: yo nunca dudé
de tu amor: dentro de mí

siempre que á buscarle fui
puro y ardiente le hallé;

pero imposible al mirar
de nuestro amor el contento;

la muerte busqué sediento....
(*Con amargura.*)

¡y no la pude encontrar!

Por morir, nó por rendillo!

un muro embestí frontero,

subí á su almena el primero.

(*Con amargo desden.*)

¡y se me allanó el castillo!

Dos largos años despues,

fiero, terrible, he lidiado,

y en vano, en vano me he entrado

de las lanzas al través.

¡Se quebraban en mi escudo

como cañas! yo.... insistia:

escuadrones revolvía

contra mi suerte sañudo,

¡y mi caballo arrollando

cuanto delante encontraba

tras de su huella dejaba

cadáveres palpitando!

Si acaso profunda herida

contento al alma me dió,

la llaga presto sanó

que Dios no quiere mi vida.

Mas de la llaga cruel

que abierta en el alma llevò,

á cada momento pruebo

más ponzoñosa la hiel:

Si aquesto llamas vivir

y mi muerte tu alma ansia,

¡más la anhela el alma mia,

que mi esperanza, es morir!

El destino te obligó,

y muerte á mi padre diste:

vengando lo que tú hiciste

mi deber cumpliera yo.

Mas la lucha á que me lanza

de Dios el fallo tremendo,

mi corazon dividiendo

en tu amor y mi venganza,

me fuerza á mirar en tí

dos tan enemigos séres

que á un tiempo, Rodrigo, eres

vida y muerte para mí.

GIMENA.

¡Cuando aquella cruz recuerdo,
y á su pié mi padre helado,
y tú... en su sangre bañado
ante mí, la razón pierdo;
y ardiente y ciego furor
en mi pecho se desata
y porque Dios no te mata
acusa á Dios mi dolor!

Otras veces, ya contando
mi venganza terminada
te miro de horror helada
á mis plantas espirando;
y en revuelta confusión
amor y deber en lucha,
lo que mi deber escucha
desoye mi corazón.

Dice mi deber... «¡que muera!»
y con ruda fuerza activa,
mi corazón dice: «¡viva!»
y el alma responde... «¡espera!»
¡Esperar! ¡delirio vano!
¡que todo, todo acabó
cuando airada se tiñó,
en sangre mia, tu mano!
Y sin embargo, te veo
por donde quiera que miro:
si suspiro, mi suspiro
que es tuyo, insensata creo.
De mi cámara en la sombra
pienso encontrar tu mirada;
oigo tu voz apenada,
que leve y triste me nombra:
del huracán el bramido
que se rompe entre la almena,
de tu amor y de tu pena
me finge el hondo gemido;
y si busco á mis dolores
en el bosque fresco aliento,
una ráfaga del viento
que se pierde entre las flores,
me finge leve y tenaz
el suspiro de tu amor
dulce, incitante, traidor...
¡que nunca me deja en paz!

Algunas veces potente
mi corazón se levanta,
y al porvenir que me espanta
muestro severa la frente;
pero luego se derrumba
mi valor, y triste veo
que la paz de mi deseo
solo se encuentra en la tumba!

RODRIGO. Gracias, Gimena; tu boca
me ha dado tanto consuelo
que estar soñando recelo

GIMENA. Sueño es, sí, que yo estoy loca:
¿No adviertes, que hija malvada
al muerto padre injuriando,
el alma te estoy mostrando,
encendida, enamorada?

RODRIGO. ¡Gimena mía!
(Yendo á asirla de la mano.)

GIMENA. ¡Gran Dios!
(Retrocediendo con horror.)

RODRIGO. ¡Qué te aterra, qué te asombra!

GIMENA. ¡He visto su roja sombra
pasar por entre los dos!

RODRIGO. ¿Y de esa sombra á la par,
(Con abatimiento.)
no has visto otra sombra triste
que lutos de injuria viste,
entre nosotros pasar?

¿No has visto un débil anciano,
la noble frente abatida,
y la faz enrojecida
por la señal de una mano?

GIMENA. ¡Tu padre!

RODRIGO. ¡Mi padre, sí!

triste, cuitado, anhelante,

lívido el noble semblante,

le veo detrás de tí!

(Volviendo aterrada la cabeza como temerosa
de encontrar tras sí la sombra de Diego Lamez.)

GIMENA. ¡Ah, no, que por ti vengado
descansa en paz!

RODRIGO. No se cura
la herida terrible y dura
que el honor ha desgarrado.

Por más que la sangre corra
 en reparacion violenta,
 el recuerdo de la afrenta
 ni se pierde ni se borra.
 Y aunque incesante raudal
 caiga hirviente, enrojecido...
 ¡sobre el rostro envilecido,
 siempre queda la señal!
 ¡Oh, señor!

GIMENA.

RODRIGO.

¡Y yo creí
 que con sangre se vengaba
 el honor!... ¡no, no se lava!
 aun siento la injuria aquí;
 (*Golpeándose sobre el corazón.*)
 y por eso, en mi corage,
 voy arrollando campañas
 para borrar con hazañas
 la afrenta de mi linage!
 ¡Tú, tu amor, el duelo impío,
 mi padre, su afán, su muerte,
 se revuelven de tal suerte
 en el pensamiento mío;
 y tal llego á delirar,
 y es tanto mi padecer,
 que..... te quiero aborrecer
 y no te puedo olvidar!

GIMENA.

RODRIGO.

¡Oh, padre!
 Si feneció,
 del mío la tumba toco...
 ¡Pobre viejo! ¡murió loco,
 y loco agonizo yo!

ESCENA XIX.

DICHOS.—Se abre la puerta del fondo y aparece en ella EL REY
 que adelanta lentamente sin ser notado por Rodrigo ni Gimena,
 detrás EL CONDE YAGO. Los reyes de armas, los cortesanos, y
 por último los guardias y ELVIRA.

GIMENA.

Acabemos, por piedad:
 olvida de nuestra historia
 entre esplendores de gloria

RODRIGO.

la horrible fatalidad.
 ¿Y cómo, di, de mi pena
 calmar el afán punzante,
 si de mi gloria delante
 miro siempre á mi Gimena?
 De mis ricos sueños bellos
 no oscurezcas el fulgor.
 No he sido yo el matador.
 ¡Fueron ellos!... ¡Fueron ellos!
 ¡se exterminaron al par:
 enlacemos nuestras manos
 y esos espectros tiranos
 no nos podrán separar!
 Sé mi esposa.

GIMENA.

RODRIGO.

¡No!
 El dolor

te vende, luchas, vacilas,
 en tus hermosas pupilas
 arde voraz el amor.

GIMENA.

¡Oh, padre! ¡en qué dura lid
 has envuelto el alma mia!

REY.

¡Ya es, Gimena, el medio día
 y aun vive mi noble Cid!

GIMENA.

¡Señor!

RODRIGO.

¡Señor!

Rey.

Mi sentencia

ya es hora de pronunciar.

Conde Yago, haced entrar
mis gentes á nueva audiencia.

YAGO.

¡La audiencia del señor Rey!

GIMENA.

¡Qué es lo que intentais, señor!

¿qué audiencia es esta?

REY.

En rigor

cumplo justo con la ley:

vuestro pleito ha de acabar

hoy, ó poco he de poder:

si justicia se ha de hacer,

necesario es sentenciar.

(El Rey sube al trono y se sienta en la silla: en el momento que Yago abre la puerta de la derecha, los reyes de armas se colocan delante del trono, los cortesanos ocupan el ángulo de la derecha, los guardias quedan formados en el fondo, por la derecha entran hombres y mujeres del pueblo: Gimena, Yago y Rodrigo, se colocan delante de los cortesanos á la derecha del trono.)

Ricos hombres y prelados,

hijodalgos, mesnaderos,

menestrales y pecheros

en mi audiencia congregados.

Con atencion escuchad

porque bien podais oir

lo que el Rey os va á decir

en palabras de verdad.

Sin mi licencia retó,

por vengar al padre anciano,

el Cid al conde Lozano,

y en sus tierras le mató.

En mi desacato fué

pues fué sin licencia mia,

y al Cid por su demasia

de mis reinos desterre;

mas tanto llegó á ganar

para Castilla, en la tierra

del infiel y en buena guerra

que yo le quiero premiar.

¡Viva el Rey!

Todos.

REY.

Por su abandono

y su horfandad, de afan llena

le acusa Doña Gimena

de Gormaz: yo... le perdono.

¡Viva el Rey!

Todos.

GIMENA.

Ved que la ley

desgarra así vuestra mano.

REY.

Perdonó el conde Lozano

y perdonar debe el Rey.

GIMENA.

No dió á mi padre ocasion

de perdonar su destino.

REY.

(Mostrando un pergamino enrollado.)

Tomad este pergamino

Rodrigo: es vuestro perdon.

(Rodrigo se acerca, dobla la rodilla, toma el pergamino y se retira.)

Vos tomad.

(A Gimena que se inclina como Rodrigo.)

Ved la ventura

que, al morir, asegurada

dejó á su Gimena amada,

de un buen padre la ternura.

Vos leed. (A Rodrigo.)

RODRIGO. (Lee.) «Señor excelso
 »de Castilla y del vasallo,
 »que si de vos fué quejoso,
 »de su queja se ha olvidado.
 »Mi pobre Gimena queda,
 »si yo muero, sin amparo:
 »por la sangre que he vertido
 »por vuestro padre, otorgádselo:
 »no persigais por mi muerte
 »al mancebo que esforzado,
 »sagradas obligaciones
 »ha cumplido me retando.
 »Y adios, señor, que me esperan,
 »adios.—El conde Lozano.»

GIMENA. ¡Padre!

REY. De los tristes ojos
 reprimid el justo llanto
 y haced por leer, Gimena,
 estas letras que os he dado.
 GIMENA. (Leyendo.) «Gimena, cuando leyeres
 »estas letras de mi mano,
 »ya de mis crudos dolores
 »tendré en la tumba descanso.»
 ¡Ay de mí!

REY. Seguid, Gimena,
 que está vuestro padre hablando.

GIMENA. (Lee.) «Yo del eterno reposo
 »de la tumba me levanto
 »en favor de don Rodrigo
 »de Vivar, el esforzado,
 »él no fué quien me dió muerte,
 »fué mi proceder tirano:
 »si él, esposo te pretende,
 »sé su mujer, te lo mando.»
 ¡Ay! (Cayendo de rodillas.)
 ¡Gimena! (Acercándose á ella.)

RODRIGO.

REY.

Lo mandó (Baja del trono.)
 vuestro padre y os lo ruega
 vuestro Rey: amáisle ciega.
 Sed su esposa.

GIMENA.

¡Nunca! ¡No!
 (Levantándose con energía.)

RODRIGO.

En vano, señor, en vano
 me quereis favorecer.

Gimena, siempre ha de ver
su sangre en mi triste mano.

(Suenan por la derecha y á lo léjos trompas y ataba-
les tocando llamada y siguen hasta el final.)

REY.

RODRIGO.

¡Oh! ¿qué es eso? Son mis gentes

que escuchar su voz me dejan:

mis soldados que se quejan

por mi tardanza impacientes.

Del triste amor que me inflama

parto apurando la pena:

¡adios, adios mi Gimena!

que el ronco atabal me llama!

REY.

No por Dios.

(Deteniendo al Cid y dirigiéndose á Gimena.)

Vuestra crueldad

todo tenaz lo atropella...

(Dirigiéndose á todos los que están en la audiencia.)

¿No es verdad que es digno de ella,
burgaleses?

TODOS.

REY.

Escuchad:

vuestro padre, el reino mio,

yo, por esposo os le damos.

GIMENA.

¡Lo quereis!

(Saliendo de su abatimiento y con amarga
energía.)

¡Pues bien! ¡unamos

nuestra vida en lazo impío!

¡Toma mi mano y mi amor

Rodrigo, y el cielo quiera

que esta union horrible, fiera,

no dé frutos de dolor!

¡Que Dios con los ojos fijos

en nuestro amor desdichado,

no imprima nuestro pecado

en la faz de nuestros hijos!

¡Quiera Dios que siempre en tí

halle amor la pasión mia:

que no te apartes un día,

horrorizado, de mí!

(Gimena se reclina en los brazos de Elvira.)

RODRIGO.

¡No, Gimena! ¡mi fe ardiente
premio logra, no castigo!

¡hoy luce para Rodrigo
su primer sol refulgente!
Parto á la lid, á ganarte
y á ganar paz y favor
del cielo: ¡dadme, señor,
vuestro valiente estandarte!
¡dejad que vengan tras mí,
los que gloria y prez quisieren!
¡Iré yo, con los que fueren!
¡iremos todos!

REY.

Todos.

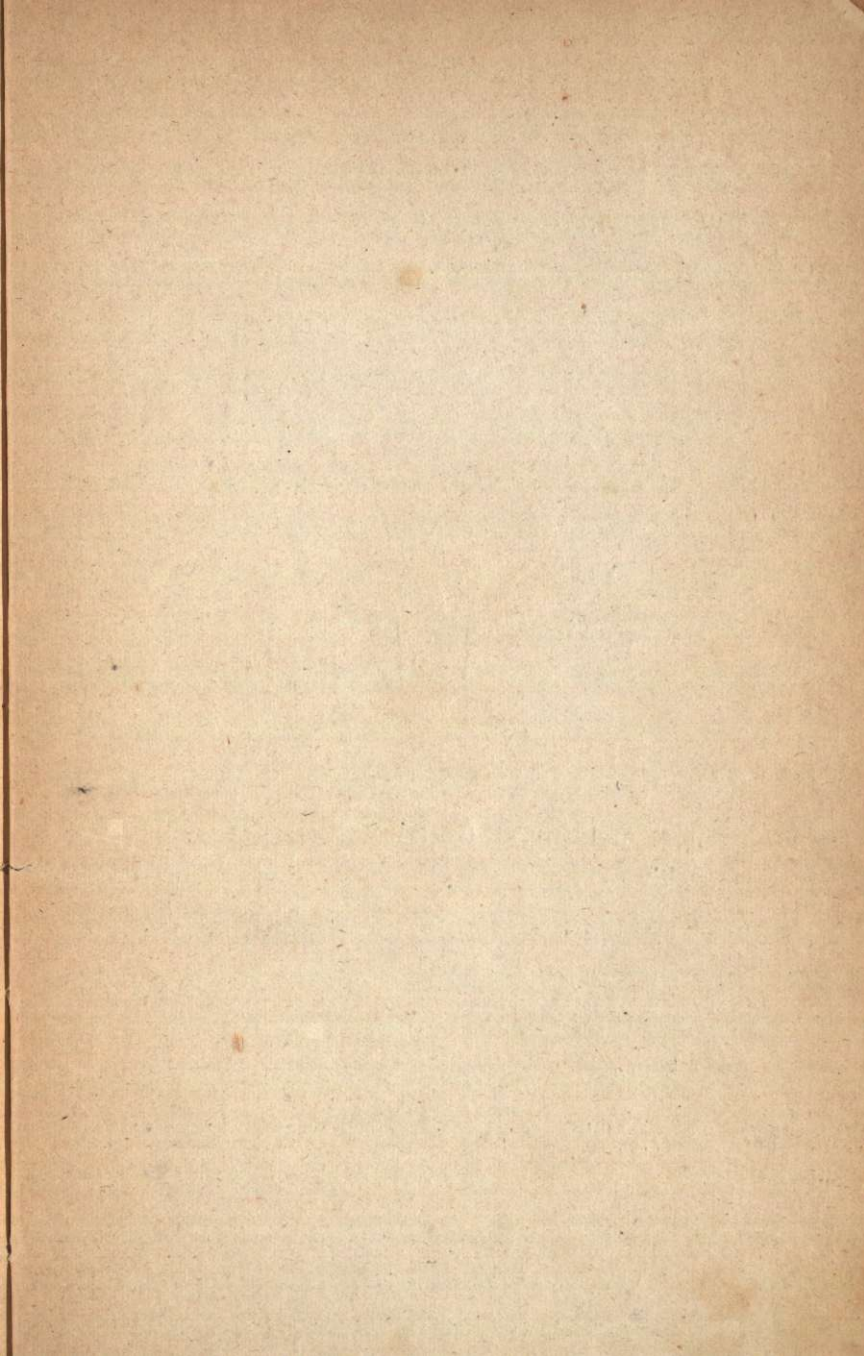
RODRIGO.

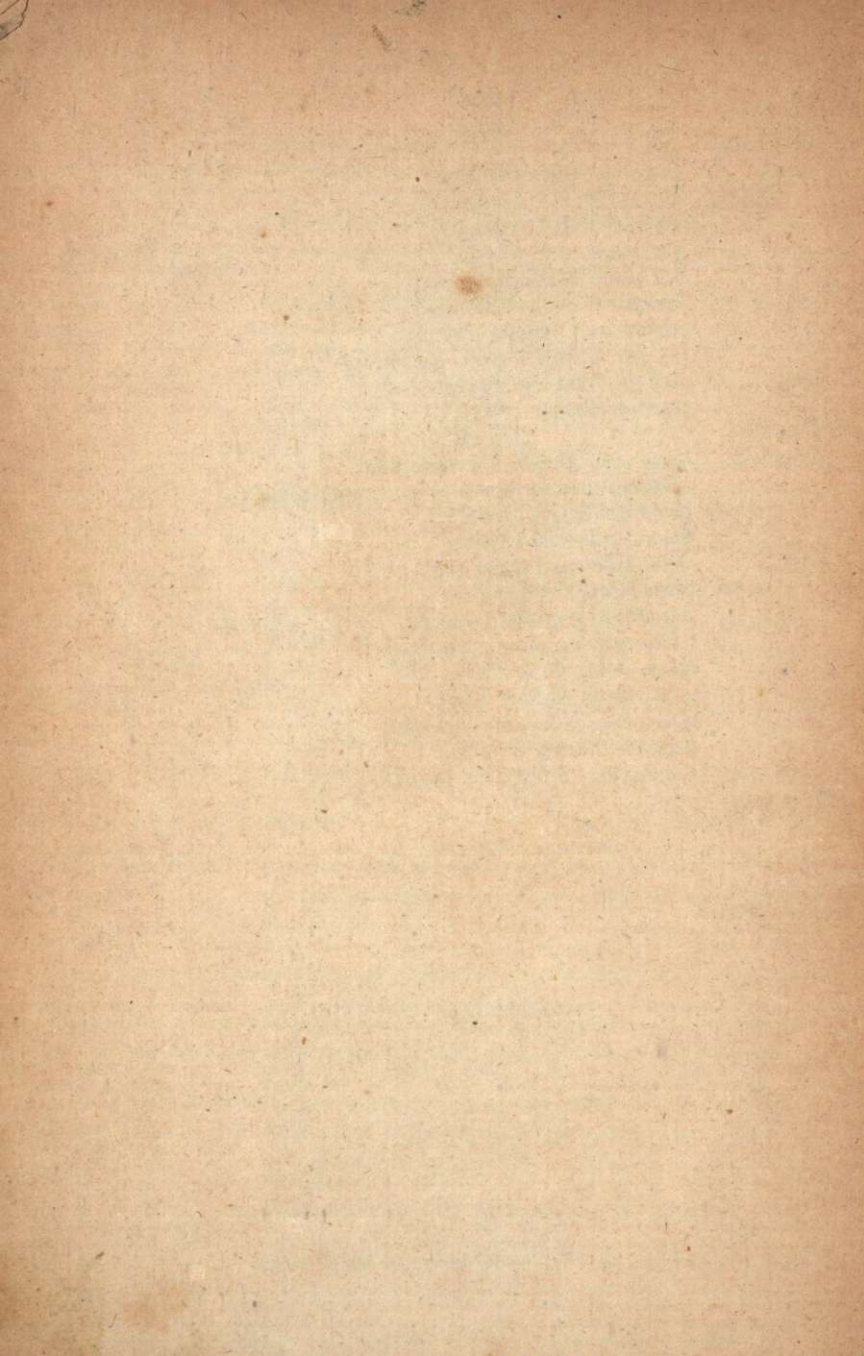
¡Sí, sí!

Pues sús, ¡presto á la campaña!
(*Desnudando la espada y con entusiasmo.*)
¡á combatir! ¡á triunfar!
¡aún queda que libertar
del alarbe media España!
¡Castellanos: tenaz guerra,
por Dios, y nuestro decoro,
hasta que no aliente un moro
sobre la faz de la tierra;
y antes de quedar sujetos,
muriendo, al comun destino,
dejemos franco el camino
del Africa, á nuestros nietos!

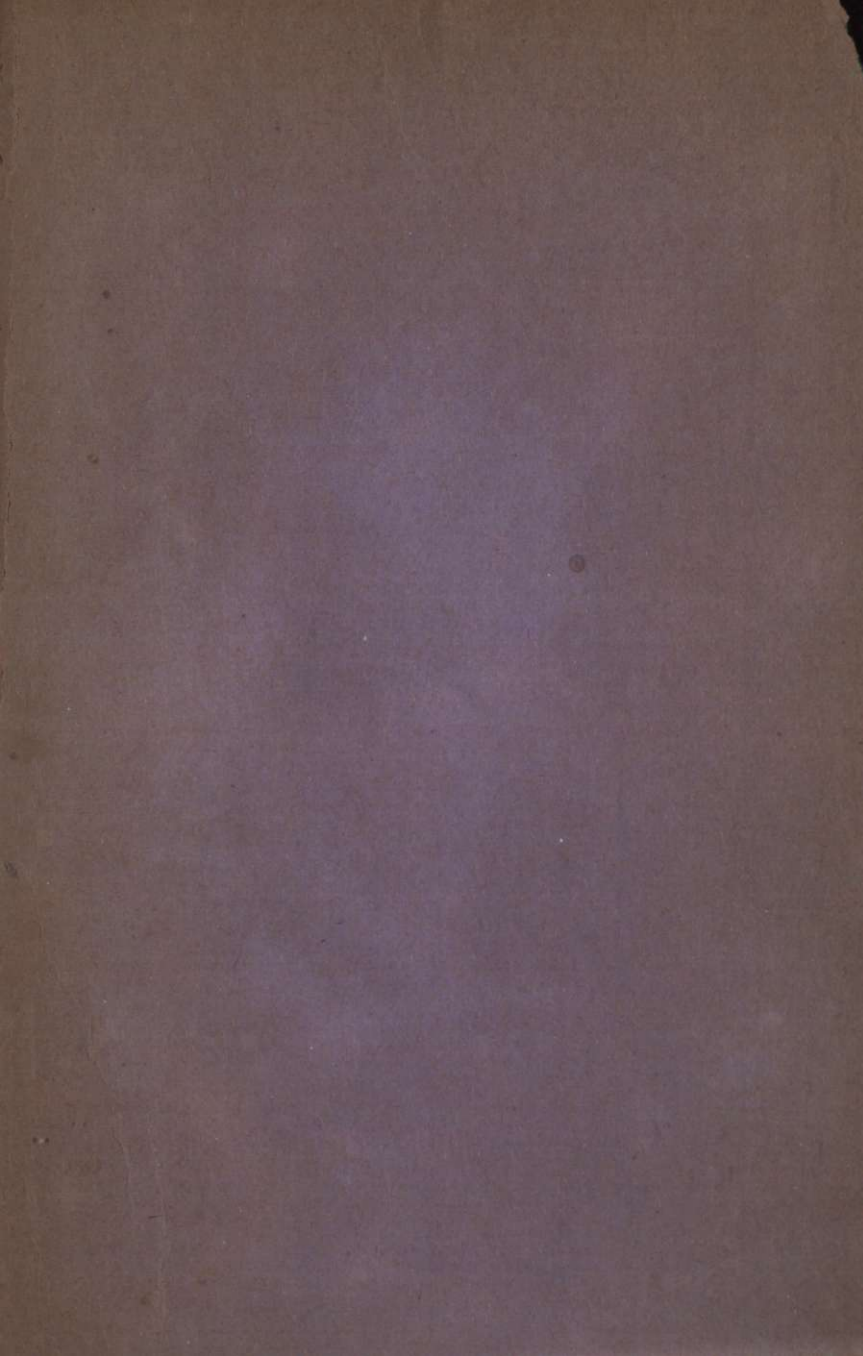
¿hay luce para Rodrigo
 en primer sol resplandeciente?
 Parto a la lib. a y a la
 y a ganar paz y labor
 del cielo: ¡hablad, señores,
 vuestro valiente estandarte!
 ¡dejad que vengan tras mí,
 los que gloria y paz desienten!
 ¡Id y, con los que fueran!
 ¡reñen todos!
 Pues así, ¡puesto a la campaña!
 (Resuendando la espada y con entusiasmo)
 ¡a combatir la tiranía!
 ¡para que quede que libertar
 del norte media España!
 ¡Castellanos, tened Roberto
 por Dios, y nuestro decoro,
 hasta que no alcione un moro
 sobre la faz de la tierra,
 y antes de quedar sujetos
 muriendo, al común destino,
 dejemos franco el camino
 del Africa, a nuestros nietos!

Bar.
 Toos.
 Ruano.









C 2